

***EL LOCO POR
FUERZA***

Félix Lope de Vega

PERSONAS:

LEONARDO, caballero
CLARINDA, dama
FELICIANO
Un ESCRIBANO
El JUSTICIA de Aragón
GONZALO, loco
BARTOLOMÉ, loco
NICOLÁS, loco
MARTÍN, loco
ALBANO, caballero
ROSELA, dama
ALGUACIL 1
ALGUACIL 2
CRIADO 1 del Justicia
CRIADO 2
Un MAESTRO de locos
OSUNA, retraído
LISARDO
CELIO
FULGENCIA
Una GUARDA de locos
Un MUCHACHO
Una FRUTERA
TORCATO
MARÍN FÉLIX, capitán de bandoleros
BERNAL
ATIÁN
TURÍN
FENICIO, galán
SOLDADO 1

JORNADA PRIMERA

Salen FELICIANO, sin espada, asido de ALGUACIL 1 y ALGUACIL 2, con varas cortas, como se usa en Aragón, y un ESCRIBANO, CRIADO 1 y CRIADO 2

FELICIANO: ¿A un hidalgo como yo
llevan de esta suerte asido?

ALGUACIL 1: Culpad a quien lo mandó.

FELICIANO: Qué delito he cometido?
¿Soy ladrón, señores?

ALGUACIL 2: No.

FELICIANO: Soy homicida?

ESCRIBANO: Tampoco.

FELICIANO: Pues ¿qué soy? ¿Loco?

ALGUACIL 1: Ni loco.

FELICIANO: Pues ¿qué soy?... Mas bien lo sé.

ALGUACIL 2: Causa la que distes fue.

FELICIANO: A más furor me provoco.
¿Fue causa volver por mí?
¿O eslo el ser forastero
en esta ciudad? No creí
el que un noble caballero
tratara a un hidalgo así.
Yo paso a Italia, y llegué
a Zaragoza esta noche.
¿Por qué me prende? ¿Por qué?
A aquella dama en un coche
a medio camino hallé.
Verdad es que la he servido,
regalado y pretendido;
soy hombre; no es ocasión
para ponerme en prisión
decir que soy su marido.

ESCRIBANO: Aquí no hay, señor hidalgo,
que informar ni que decir;

por vuestra fianza salgo;
mirad si os puedo servir
con lo que yo valgo en algo.

Pero dejarse de hacer
lo que el Justicia ha mandado
ya veis que no puede ser,
porque no está averiguado
quién es aquella mujer;
y, cuanto más principal
parece a los que la ven,
tanto más sospechan mal.

FELICIANO: ¿Pudieran sospechar bien
si fuera el intento mal?

Yo sé bien de qué ha nacido,
que es haberle parecido
a Leonardo como a mí,
y querer...

ALGUACIL 1: No habléis ansí.

FELICIANO: Que me deis lugar os pido
y entre los tres repartáis
esta bolsa, en que lleváis
cien escudos, si queréis.

ALGUACIL 2: De suerte que nos ponéis
más sospecha que pensáis.

Cuando fuera esta prisión
por orden nuestra, pudiera
dar el oro tentación,
que es un son que el alma altera,
y no hay quien pierda ese son.

Mas ¿qué disculpa tendría
quien os soltase, mandado
del que a los tres os confía?

FELICIANO: (Pues el oro no ha bastado,
basta la industria mía.)

¿Que, en fin, no hay remedio?

ALGUACIL 1: No.

FELICIANO: Pues ¿para qué quiero yo

este cuchillo encubierto?

Finge dar a los alguaciles y huye FELICIANO

ALGUACIL 2: ¡Muerto soy!
ALGUACIL 1: ¡Ay, que me ha muerto!
ESCRIBANO: ¡A los dos juntos mató!
¡Seguidle!

CRIADO 1: Vamos tras él.
ALGUACIL 1: ¡Terrible golpe me ha dado!
ALGUACIL 2: ¡Y a mí terrible y crüel!
ESCRIBANO: ¡Estoy del suceso helado!
¡No lo imaginara de él!
¿Mirástele?

ALGUACIL 1: El cuerpo todo.
ESCRIBANO: ¿Dónde el cuchillo traía,
que le encubrió de este modo?

ALGUACIL 2: No sé; a la desdicha mía
este artificio acomodo.
El brazo no le miré.
ALGUACIL 1: Sin duda allí le escondió.
ESCRIBANO: ¡Extraño descuido fue!
Yo no os veo sangre.

ALGUACIL 2: ¿No?
ESCRIBANO: ¡No, por Dios! — Ni a vos se os ve.
ALGUACIL 1: ¿A mí tampoco?
ESCRIBANO: Ni a vos.
Abrid el pecho.

ALGUACIL 1: ¡Por Dios,
que apenas tengo señal!
ALGUACIL 2: ¡Yo, menos!
ESCRIBANO: ¿Hay cosa igual?
Pues yo vi dar a los dos.

ALGUACIL 2: ¡Vive el Cielo, que he caído
en que cuchillo ha fingido
el dedo con que nos dio!
ESCRIBANO: ¡Lindamente os engañó!

ALGUACIL 1: Yo le estoy agradecido.
ALGUACIL 2: Esos engaños me haga.
ESCRIBANO: Mejor fuera haber tomado
los cien escudos.
ALGUACIL 1: No hay paga
que como haber escapado
de un traidor me satisfaga.
ALGUACIL 2: Yo llevo sano el pellejo,
y voy contento.
ESCRIBANO: Si a mí
me pidiérades consejo,
el oro estuviera aquí.
ALGUACIL 1: Ahora bien, mi parte os dejo.
ESCRIBANO: ¿No miráis que os desangráis?
ALGUACIL 2: Yo me huelgo que os burléis.
ESCRIBANO: Mucho sin curar estáis.
ALGUACIL 1: A fe que no le alcancéis
con la pluma que voláis.
ESCRIBANO: Todos corridos estamos.
ALGUACIL 2: Los escudillos os comen.
ESCRIBANO: Mi parte siento; mas vamos
adonde la sangre os tomen.
ALGUACIL 1: ¡Lindamente la tragamos!

*Vanse ALGUALCIL 1, ALGUACIL 2, el ESCRIBANO, CRIADO 1 y
CRIADO 2. Salen LEONARDO, el JUSTICIA con criados y CLARINDA
con capotillo y sombrero*

JUSTICIA: Yo os quiero depositar,
señor Leonardo, esta dama..
LEONARDO: Aunque ofendida en la fama,
con mi hermana puede estar,
porque no puedo creer
defecto de tal persona.
JUSTICIA: Su talle honesto la abona.
CLARINDA: Abóneme el ser mujer;
y, para ser amparada

de vuestros nobles aceros,
más pueda el ser caballeros
que el ser yo tan desdichada.

JUSTICIA: Que sois mujer principal
se mira muy bien en vos,
porque parece que Dios
pone a los nobles señal.

Al oro no permitió
que jamás se corrompiese,
sino que permaneciese
en el valor que le dio.

Por excelencia al diamante
tal firmeza quiso dar,
que no le pueda labrar
menos que su semejante.

Y como aquesta excelencia
a una piedra, a un metal dio,
parece que señaló
los nobles en la presencia;

porque a respetarlos mueve,
al que en su vista repara,
un cierto honor, en la cara,
diferente de la plebe.

LEONARDO: (*Ap. al JUST.* No sólo tiene ese honor,
señor Justicia, esta dama,
con que asegura su fama
y informa de su valor,

mas tiénele acreditado
de la gracia y hermosura,
que honestamente asegura
su no conocido estado.

Preguntadle cómo viene
con un hombre y dónde va.)

JUSTICIA: (¡Triste por extremo está!)

LEONARDO: (No dudo que amor le tiene.)

JUSTICIA: De vos deseo saber
de dónde sois y a qué vais.

CLARINDA: Todo cuanto preguntáis
os responde el ser mujer.
Mi tierra no importa nada
que la sepáis, y quién soy
menos, pues que presa estoy.

LEONARDO: Presa no; depositada
conmigo; a mi casa vais.
Una hermana tengo allí
para que de ella y de mí
en esta tierra os sirváis.
Si os importa el encubrir
quién sois, al Justicia ruego
que no os lo pregunte. (Hoy llego
poco menos que a morir.
Notable es la gentileza
de esta bella castellana.
¿Qué sol, qué fresca mañana
compite con su belleza?
Bien se ha trazado mi gusto.
A mi casa, en fin, la llevo,
pues, sirviéndola, me atrevo
a suspender su disgusto.
Sabré quién es, y de mí
sabrás mi amor.)

Salen ALGUACIL 1 y ALGUACIL 2

ALGUACIL 1: Con cuidado
a tu presencia he llegado.

ALGUACIL 2: Y yo temblando de ti.

JUSTICIA: ¿Por qué razón?

ALGUACIL 1: Aquel preso
se nos fue.

JUSTICIA: ¿Cómo?

ALGUACIL 2: Señor,
la industria vence al valor.

ALGUACIL 1: Él fue un extraño suceso.

tengo justa obligación
para alegrarme en su bien.
LEONARDO: Y bien lo dicen también
las lenguas del corazón,
porque en los hermosos ojos
se ve lo que le queréis.
Mas ¿qué obligación tenéis
para sentir sus enojos
y alegraros de su bien?
CLARINDA: Cuando el Justicia, señor,
os nombre por asesor,
os lo diré yo también
Dejad los nuevos desvelos;
no uséis de tanto rigor,
ni a quien confiesa el amor
le deis tormentos con celos.
LEONARDO: Quien de vos no los tuviese
luego que ajena os mirase,
era justo que cesase
para que otra vez no os viese.
No os quiero dar pena aquí,
sino serviros allá.
Por dicha os obligará,
para valeros de mí,
que soy noble, como veis,
y a quien el Justicia fía
que os tenga en mi compañía.
CLARINDA: Creo que merced me hacéis,
pero advertid que el amor
no se rinde a la violencia.
LEONARDO: Ya sé yo que es la paciencia
fundamento del favor.
CLARINDA: Amor es niño, y se ablanda
regalado.
LEONARDO: A Amor, señora,
llevo por huésped ahora.
Yo haré lo que Amor me manda.

Vanse. Salen FELICIANO y OSUNA

- OSUNA: Si valiera la hoja mil ducados,
la presentara de la misma suerte.
- FELICIANO: Conozco de esos términos honrados
lo que también vuestra persona advierte;
y pues que los hidalgos obligados
sirven el beneficio hasta la muerte,
la espada que a mi lado habéis ceñido
tendréis al vuestro.
- OSUNA: Vuestras manos pido.
- FELICIANO: Dadme los brazos y tocad, que os juro,
por el templo en que estamos, y así el cielo
me libre y a la prenda que procuro,
de agradeceros este hidalgo celo.
- OSUNA: En esa hoja os doy un monte, un muro.
Merece ¡vive Dios! de terciopelo
camisa o vaina, y de diamante y oro
pomo y contera.
- FELICIANO: Puede abrir un toro.
- OSUNA: Tenedla en algo, que podéis, sin duda,
con ella y una cuenta de perdones,
sacar un alma, aunque de andar desnuda
se ha resfriado en ciertas ocasiones.
Contra los turcos la he tenido en Buda,
y entre los indios. Contra mil naciones
he sido en tierra y mar soldado. El dado
y una mujer me han roto, y soy quebrado.
No digo que yo tenga acción ninguna
ni que quisiera presumir tenella,
a cantar, sin ser gallo, en la tribuna;
pero que estoy como me veis por ella.
- FELICIANO: ¿Cómo os llamáis?
- OSUNA: Es mi apellido Osuna;
soy de la Andalucía, patria bella;
vasallo del marqués de Barcarrota,

cerca del mar que a Portugal azota.

A los Portocarreros generosos,
príncipes del valor que el mundo sabe,
sirvieron mis abuelos valerosos.

FELICIANO: ¿Y con qué puesto?

OSUNA: Fueron de su llave.

FELICIANO: ¿De su cámara?

OSUNA: No, que los famosos
marqueses, por honrar gente tan grave,
aunque las llaves, como veis, les dieron,
de su despensa solamente fueron.

FELICIANO: Queréis decir que fueron despenseros
de los marqueses.

OSUNA: Eso mismo digo.

FELICIANO: Quien mereció servir Portocarreros
merece ser de todo hidalgo amigo.
Mas porque quiero un rato entreteneros
y descansar con vos, cual vos conmigo,
oíd mi historia, y el secreto encargo.

OSUNA: Palabra os doy.

FELICIANO: Yo haré por no ser largo.

Primero día del mes
en que los perros del cielo,
que llaman la estrella Siria,
ladran con mayor denuedo;
cuando la Doncella o Signo
tiene con calor soberbio
todo el sol en las espigas
y todo el fuego en el pecho,
cae, Osuna valeroso,
la Víncula de San Pedro,
prisión del divino apóstol,
o libertad de estar preso.
Cae San Félix también
aqueste día, y sospecho
que por el Pedro y el Félix
llama a esta fiesta Toledo

San Pedro de Sahelices,
porque de este nombre un templo
de esotra parte del Tajo
tiene un monte por cimientto.
Es tanta su antigüedad
de esta ermita que refiero,
que al pontífice de Roma
suele llamar cura el pueblo,
sacristán al arzobispo
y al rey patrón, y yo creo
que estas cosas tan antiguas
no carecen de misterio.
Como el Tajo cristalino
lava con su curso eterno
los pies de esta santa ermita,
es toda la fiesta en ellos.
Desde las soberbias peñas,
desnudos fuertes mancebos
saltan al agua atrevidos,
círculos de plata haciendo.
Cuál va en ella disfrazado
con mil vestidos diversos;
cuál va como blanco cisne
los cristales dividiendo;
cuál se zabelle en las ondas
y, reprimiendo el aliento,
como el ánade pintado
sale sacudiendo el cuello;
cuál, azotando las aguas,
alterna los brazos diestros
y en ella, escribiendo ceas,
forma un círculo perfecto;
cuál, puesto en forma de barco,
las manos haciendo remos,
como madeja de seda
devana el agua en su pecho;
cuál, a lo largo tendido,

enseña los pies ligeros,
sustentando con las manos
la pesadumbre del cuerpo.
Muchos van por las orillas
en mil danzas, pareciendo
los mexicanos desnudos
cuando bailaban aceites.
Cuáles trepan por las peñas
y parecen, desde lejos,
un retrato del diluvio,
de arena y agua cubiertos.
Cuáles, corriendo algún toro,
de su feroz vista huyendo,
se arrojan al agua y burlan,
entre las ondas, sus cuernos.
Cuáles a los labradores,
que están estas fiestas viendo,
meten al agua vestidos
por memoria de San Pedro,
aunque no salen enjutos,
mas de arena y agua llenos,
para que en sus tierras cuenten
qué barbos lleva Toledo.
Las luminarias de monte,
los cohetes y los fuegos,
doblan el campo del agua
las estrellas de los cielos.
En esta fiesta -¡ay de mí,
qué principios tan diversos,
pues siendo comedias de agua,
fueron principios de fuego! -
vi una dama, vi a Clarinda,
clara como el sol que vemos,
linda como el cielo mismo
cuando está claro y sereno.
No la vi vestido, Osuna,
que me resistiera, creo.

Vila desnudo, abrasóme;
pero trocamos efectos,
aunque no se fue tan libre
que no llevó pensamientos
que pararon en hacer
rostro a mis locos deseos.
Escribía, respondiome,
y, al pedirla en casamiento,
tenía la prometida
su padre a cierto heredero.
Turbóse, vióme y, turbado,
vila muerta, vióme muerto.
Las bodas se concertaron.
Íbase acercando el tiempo,
víspera del mismo santo
y en la fiesta que refiero,
pero pasados dos años
de aquel primero suceso,
vino con toda su casa
de noche al Tajo y, fingiendo
que a sus peñas se llegaba,
hallóme echado en el suelo.
Tanto pude con llorar
--¡oh, lágrimas, gran veneno! --
que hasta una pequeña aldea
a pie la truje y, volviendo
a la ciudad por amigos
--quiero decir por dineros --
la truje a Zaragoza,
puesto que sin casamiento
no le he tomado una mano.
Aquí nos vio un caballero
que ha dado parte al Justicia,
que me mandó llevar preso;
mas, fingiendo ser cuchillo,
con la punta de este dedo
a los alguaciles di

que os obligue a retraeros?
FELICIANO: Señor Justicia, temeros,
que sois retrato de Dios.
Soy un pobre forastero,
como veis; no tengo amparo,
pues dondequiera, está claro
que suele serlo el dinero.
Si me mandasteis prender
porque una mujer quería,
que vine en su compañía
poco más que desde ayer,
y se os antoja pensar
que vivimos mal los dos,
que está en razón, sabéis vos,
temer y mudar lugar.

JUSTICIA: ¿Quién es aquella mujer?
FELICIANO: ¿Ella no lo ha dicho allá?
JUSTICIA: Sí ha dicho.
FELICIANO: Pues claro está
que lo debe de saber.

JUSTICIA: Dice que sois su marido.
FELICIANO: Dirá que yo lo deseo;
pero en peligro la veo
que no será lo que ha sido.

JUSTICIA: ¿Qué peligro?
FELICIANO: El del honor.
JUSTICIA: Pues ¿cómo le ha de perder?
FELICIANO: No más de siendo mujer,
que se le olvide el valor.

JUSTICIA: Pues ¿danle ocasión por dicha?
FELICIANO: Vos sabéis si se la dan,
pues contra su honor están
vuestra fuerza y mi desdicha.

JUSTICIA: Luego ¿a mí me hacéis culpado?
FELICIANO: No digo yo que lo estéis;
pero ¿qué es lo que queréis
a un hombre que está en sagrado?

JUSTICIA: Quiero, por ser forastero,
que no se vaya a quejar
al suyo ni otro lugar,
mas con justicia primero.

FELICIANO: Pues la que podéis hacer
es darme esa prenda mía,
que mañana en todo el día
sabréis como es mi mujer.

JUSTICIA: Eso no es ejercitar
su justa justicia el rey.
Si tenéis culpa, ¿qué ley
me obliga a no os castigar?
¿Vinisteis embajador
a este reino?

FELICIANO: Si no tengo
culpa, con más leyes vengo
a vuestro reino, señor.

JUSTICIA: Pues si culpa no tenéis,
¿por qué en sagrado os guardáis?
Pues guardándoos confesáis
que mi castigo teméis.
Pero salid, que os prometo
de mirar vuestra justicia.

FELICIANO: Seguro estoy que malicia
no cupiese en tal sujeto;
pero una vez en prisión
mal negocia el inocente.

JUSTICIA: Mal de la justicia siente
quien pone en ella pasión.
Es la justicia una bella
virgen que con peso igual
premia el bien, castiga el mal.

FELICIANO: Muy bien, mientras es doncella;
mas cuando da libertad
al miedo, interés y amor,
ya no es doncella, señor;
adúltera la llamad.

JUSTICIA: Confieso que estoy corrido
que un forastero se queje
sin causa, y que nos la deje
de no le haber conocido.
Pesadas palabras son,
hidalgo, las que tratáis;
pero para que salgáis
con mucha satisfacción,
juro, a fe de caballero
y por la vida de un hijo
que tengo, aunque mucho dijo
quien os juró lo primero,
haciendo pleito homenaje,
pena de traidor al rey,
al cielo, a mi fe, a mi ley,
a mi honor, a mi linaje,
de no llevaros, hidalgo,
a la cárcel.

FELICIANO: Satisfecho
de vuestra nobleza y pecho,
de esta santa iglesia salgo.

OSUNA: ¡Tente! ¿Qué haces?

FELICIANO: Creer
a un noble lo que ha jurado.

OSUNA: Mira que te han engañado.

FELICIANO: Eso ¿cómo puede ser?

OSUNA: No salgas de estos umbrales;
tente en buenas.

FELICIANO: Noble soy,
y así, crédito les doy,
Osuna, a los que son tales.

OSUNA: ¿Adónde vas --¡pesia a tal! —
a esta santa casa ingrato?
Mira que es éste un retrato
del Acates celestial.

Aquí está Dios, aquí hay santos,
aquí hay gran seguridad,

aquí se trata verdad,
no hay plumas, no hay “sepan cuantos”.

¿Dónde vas, que has de perderte?

JUSTICIA: ¿Quién es ese hombre?

FELICIANO: Señor,
un retraído.

OSUNA: Su amor
me obliga a hablar de esta suerte.

JUSTICIA: ¡Andá, que sois ignorante!

FELICIANO: Señor, yo fío de vos.

JUSTICIA: Pues mano a mano, los dos
nos podemos ir delante.

FELICIANO: Veis aquí, señor, la espada.

JUSTICIA: Eso no, que no vais preso.

FELICIANO: (¿Hay más extraño suceso?)

JUSTICIA: (Amor, la mujer me agrada,
y aunque a Leonardo no digo
el pensamiento en que estoy,
esta prenda que le doy
es a guardar como amigo,
que, llegada la ocasión,
yo le diré que la quiero.)
Vamos.

FELICIANO: Ya, señor, espero.

JUSTICIA: En mi casa no hay prisión.

Vanse FELICIANO y el JUSTICIA y queda OSUNA

OSUNA: Aficionado he quedado
con extremo a este mancebo,
y es muy justo, pues le debo
la afición que me ha mostrado.

Por ver lo que le sucede,
desde lejos voy tras de él,
y iréme a Italia con él
luego como libre quede.

¡Qué bien irá, mil veía,

adonde su dama fuere!
Mas mejor será que espere
a que se oscurezca el día.

Mas ¿dónde está tu valor,
Osuna? ¿Tú eres el hombre
que ha dado, con solo el nombre,
a todo el mundo temor?

Voy, que no hay suerte infeliz
conmigo cuando me atrevo.
Osuna soy, y aquí llevo
la de Francisco Rüz.

Vase. Salen CLARINDA y ROSELA

ROSELA: A lástima me ha movido,
Clarinda bella, la historia
que aquí me habéis referido.

CLARINDA: ¡Mirad si es esta memoria
para que la cubra olvido!
¡Mirad si me quejo en vano
y si he de sentir perder
el último bien humano,
que es el hombre a la mujer!

ROSELA: Mucho os debe Feliciano,
cuyas partes considero
y le estoy aficionada.

CLARINDA: Lo menos de él os refiero;
porque diréis que, engañada,
encarezco lo que quiero.
Después de ser bien nacido,
que es primero fundamento
del amor que le he tenido,
tiene un rico entendimiento,
que éste es del alma el vestido.

Tiene un término galán,
que a cuantas trata aficiona;
mil bendiciones le dan;

tras su lengua y su persona
los pensamientos se van.

Pero para que se arguya
su talle y gusto y concluya,
la gala y la discreción
vienen a tomar lición
del ejemplo de la suya.

ROSELA:

Por pagarte en otro tanto,
Clarinda, quiero que entiendas
que adoro en un hombre cuanto
merecen las altas prendas
que ha conquistado mi llanto.

Es legítimo este amor;
nació de su gran valor
y mi honesto pensamiento,
será el fin el casamiento,
que es, Clarinda, el fin mejor.

No digo que ha de tener
fin el amor, que ha de ser
mayor entonces; mas creo
que le tendrá mi deseo
siendo su propia mujer.

¡Quiera el cielo que te veas
con tu amado Feliciano
con la quietud que deseas!

CLARINDA:

¿Este, señora, es tu hermano?

ROSELA:

Y porque mis dichas creas,
viene mi Albano con él,
que es la prenda que te digo.
Repara, Clarinda, en él.

Salen ALBANO y LEONARDO

LEONARDO:

Quíseos tratar como amigo
secreto, noble y fiel.

ALBANO:

Al fin, ¿la tenéis aquí?

LEONARDO:

Sí, Albano.

ALBANO: Y ¿es castellana?
LEONARDO: Y de Toledo, entendí.
Pero aquí está con mi hermana.
¿Qué decís?

ALBANO: Que un ángel vi.
¡Qué gala! ¡Qué bizarría!
LEONARDO: Que Rosela me ayudase
a conquistarla quería,
o que su desdén templase
contra tanta humildad mía.

ALBANO: ¿No le habéis dicho ese intento?
LEONARDO: No he tenido atrevimiento,
que es, en efecto, mi hermana;
mas ya Amor el paso allana
y [esfuerzo] mi pensamiento.
Licencia os doy para hablar
a Clarinda.

ALBANO: Y la agradezco.
(Más que éste puede pensar.)
LEONARDO: Hoy a tus aras me ofrezco
como quien sale del mar. —
Escúchame aparte, hermana.

ALBANO: El depositario vuestro,
bellísima castellana,
por ser tanto el amor nuestro
y nuestra amistad tan llana,
me da licencia de hablaros.

CLARINDA: Aquí estoy para servirlos,
Albano, y para escucharos;
no sólo obligada a oírlos,
pero forzada a estimarlos.
De esta breve junta nuestra
hemos hecho amistad,
como el ejemplo lo muestra;
díjele mi voluntad
y refirióme la vuestra.
Creedla, que la debéis

un incomparable amor.
ALBANO: Muy buena tercera hacéis;
mas merecéis mayor
por las prendas que tenéis.
 ¡Bien haya Toledo, amén,
que tales bellezas cría!
Mil almas todos os den,
para que vaya la mía
a vuestros ojos también;
 que más quisiera, en razón
de haberlos visto tan bellos
y de tanta perfección,
que se me abrasara en ellos
que ser señor de Aragón.
 A Leonardo había culpado,
viniendo con él, señora,
del enojo que os ha dado;
pero discúlpole ahora,
porque me habéis abrasado;
 que esa bella luz serena,
donde el mismo sol se goza,
pienso que por nuestra pena
ha venido a Zaragoza
como vino a Troya Elena.
CLARINDA: Si pasa vuestra razón
el límite que podría
tener en esta ocasión
el hablar por cortesía
y el burlar por discreción,
 mostraré con enojarme
que desobligáis mi celo.
ALBANO: Mostraréis con despreciarme
que desestimáis el cielo,
de donde queréis echarme.
CLARINDA: Poca cordura es decir
a una mujer luego amores.
ALBANO: Mayor locura es huir

de pretender los favores
cuando se pueden decir.

Quien comienza a pretender
luego se ha de declarar,
porque ayuda al merecer,
pues más obliga a pagar
el ser antiguo el deber.

CLARINDA: Dos cosas hacéis mal hechas
en tan loco atrevimiento,
que es tirar al viento flechas,
dejando mi pensamiento
de vuestro honor con sospechas.

La una es ser desleal
a un amigo que tenéis,
y la otra pagar mal
la voluntad que debéis
a mujer tan principal.

Con esto y vuestra licencia,
me voy de vuestra presencia;
porque un término atrevido,
no sólo ofende al oído,
pero gasta la paciencia.

Vase

Paréceme que se va
Clarinda.

ALBANO: Enojada está
de la prisión de su amante.

ROSELA: Ve, hermano, y ponte delante;
que es cortés y volverá.

Voy temblando su desdén.

ROSELA: No temas mujer jamás.

Vase LEONARDO

ALBANO: ¿Fuéronse?

ALBANO: ¿Qué he de hacer, que estoy perdido?
ROSELA: Amarme como yo os amo.
ALBANO: Perdíme por atrevido.
ROSELA: No perdisteis, que yo os llamo,
 en fe de ser mi marido.

ALBANO: Mal hice en rendirme luego.
ROSELA: ¿Por qué, si os quiero y adoro?
ALBANO: ¡Qué extraño desasosiego!
 Si eres luz o muerte ignoro,
 como mariposa el fuego.

ROSELA: No soy sino vuestra vida.
 Dejad, mi bien, la tristeza,
 que estoy de verlo ofendida.

ALBANO: Una celestial belleza
 no puede ser resistida.
 Grande mal se me apercibe.
ROSELA: Háblame, mi bien; ¿qué tienes?
ALBANO: ¿En los ojos no lo escribe
 Amor?

ROSELA: Si celoso vienes,
 la satisfacción recibe.

ALBANO: Ninguna cosa me agrada;
 que quien da satisfacción
 ya muestra que está culpada.
 (Ella me dio la invención
 con que ha de quedar burlada.)

Vase

ROSELA: Aguarda, escucha, señor.
 ¡Ah, celos, fiero rigor!
 Al fin sois ángeles malos,
 que os echa la honra a palos
 de los cielos del amor.

*Vase, y salen ALGUACIL 1, ALGUACIL 2, FELICIANO y un MAESTRO
del hospital de los locos con un papel*

MAESTRO: Leeré el papel, poniéndole en mis ojos,
porque al señor Justicia se le debe
este respeto, y más en esta casa.

FELICIANO: ¿A qué me traen, si sabéis, señores,
a este hospital a mí? Gracias al cielo,
salud me sobra ahora y, aunque pobre,
me pudiera curar si me faltara.

ALGUACIL 1: Feliciano, nosotros sólo hacemos
lo que nos mandan.

FELICIANO: ¿Qué me mira este hombre,
y con cada renglón de los que lee
se admira de mirarme?

ALGUACIL 1: ¿Qué oficio tiene este hombre en esta casa?
Pienso que es el maestro de los locos.

FELICIANO: ¿De los locos? Pues ¿cómo o a qué efecto
el Justicia me envía entre los locos?
¿Es ésa la palabra que me ha dado?

ALGUACIL 2: La palabra que os dio ya la ha cumplido
de no llevaros a la cárcel pública,
que ésta no es cárcel --aunque lo es del seso--
donde castiga el rey ni su Justicia,
porque es jurisdicción muy diferente.

MAESTRO: El papel he leído; bien se pueden
vuestas mercedes ir, y de mi parte
le dirán al Justicia que a mi cargo
queda el remedio de este gentilhombre,
y que, como me manda, a cuantos vengan
a buscarle tendré del mismo modo
y con igual cuidado.

ALGUACIL 2: ¡Dios os guarde!

ALGUACIL 1: Bien nos podemos ir.

ALGUACIL 2: Vámonos presto.

Vanse ALGUACIL 1 y ALGUACIL 2

MAESTRO: Teneos vos. ¿Adónde vais?

FELICIANO: Con estos hombres me voy.
MAESTRO: ¡Oh, qué bien!
FELICIANO: ¿Sabéis quién soy?
MAESTRO: Y vos, ¿sabéis dónde estáis?
FELICIANO: El Justicia me envió
con estos hombres aquí;
pero no me dijo a mí
lo que a vos os escribió.
Dadme licencia, que quiero
irme, porque es tarde ya;
lejos mi posada está;
sin esto, soy forastero,
y no sé de esta ciudad
más de la calle del Coso,
donde, cual toro furioso,
corro tanta adversidad.
MAESTRO: ¡Quién ve aquestos desdichados
hablar a veces tan bien!
Dadme esa espada.
FELICIANO: ¡Harto bien...!
MAESTRO: Cumplimientos excusados.
¿He de llamar quien la quite?
FELICIANO: Hombre, ¿estáis en vos?
MAESTRO: Así
lo estuviérades vos.
FELICIANO Di:
¿dónde o cómo se permite
tratarme de esa manera?
MAESTRO: Hermano, por vuestro bien
os ponen aquí.
FELICIANO: ¿De quién
tal desdicha se creyera?
¡Bien la palabra ha cumplido
aquel falso caballero!
MAESTRO: Desceñid presto el acero.
FELICIANO: Ya le veréis desceñido
y aun teñido le veréis

en vuestra sangre villana.
MAESTRO: ¡Cierra esa puerta, Quintana!
FELICIANO: Paso, señor; no cerréis.
MAESTRO: ¡Suelta la espada, borracho!
FELICIANO: ¿Esto sufro?
MAESTRO: ¡Acaba, loco!

Salen cuatro locos, GONZALO, MARTÍN, NICOLÁS y BARTOLOMÉ, con cuatro palos

GONZALO: ¿Qué es esto?
MAESTRO: ¡A tardar un poco,
yo tengo gentil despacho!
MARTÍN: Padre: ¿quién te ha hecho mal?
MAESTRO: Quitadle la espada a aquél.
FELICIANO: ¿Hay desdicha más crüel?
¿Puede haber desdicha igual?
BARTOLOMÉ: ¡Suelta, loco!
FELICIANO: (¿Qué he de hacer?
Sin duda me han de matar
si no se la quiero dar.
¡Ah, fementida mujer!
¡Ah, traidora; que tú has sido
quien les ha dado ocasión
para hacer esta invención!)
NICOLÁS: ¡Ríndete!
FELICIANO: Ya estoy rendido.
NICOLÁS: ¡Ríndete, Luzbel, que soy
el ángel San Nicolás!
FELICIANO: Rendido estoy; ¿queréis más?
¿No veis que la espada os doy?
GONZALO: Padre, ves aquí la espada.
MAESTRO: Quitadle capa y sombrero.
FELICIANO: ¿Esto hace un caballero
tras la palabra jurada?
GONZALO: ¡Ea, desnúdate, loco!
Daca el sombrero y la capa,

que estás en tierra del papa.
FELICIANO: Nunca viene el mal por poco.
Ya, hermanos, estoy desnudo.
BARTOLOMÉ: ¿Hermanos? ¿Es cofradía?
Pero su madre o la mía
hermanos hacernos pudo.
MAESTRO: Traed un vestido aquí.
FELICIANO: ¿Aún eso me falta más?
¿Cuándo, fortuna, tendrás
tu mudable rueda en mí?
GONZALO: ¡Oh, qué sabio tan profundo!
MARTÍN: ¿Cómo por locos no vienen
más de cuatro, que se tienen
por los más cuerdos del mundo?
BARTOLOMÉ: Loco, los que están acá
vístense de esta manera;
porque ¿dónde paño hubiera
para vestir los de allá?
NICOLÁS: Muele el mundo en su tahona
los juicios de la gente;
el que calla, sufre y miente
de grave y cuerdo blasona;
pero cuando el pan se afina,
nosotros, como más pocos,
somos salvado de locos,
pero allá queda la harina.
Viste, borracho, este sayo.
GONZALO: No ha trocado mal la capa,
pues yo dije que era papa
y él viene a ser papagayo.
BARTOLOMÉ: Quitadle el cuello.
MARTÍN: ¿Con qué?
BARTOLOMÉ: Con la mano.
MARTÍN: ¿Es palomino?
BARTOLOMÉ: Esotro digo, sobrino.
MARTÍN: ¿Este es cuello?
BARTOLOMÉ: Sí, a la fe.

MARTÍN: Como el estudio mayor
de los hombres suele ser
siempre niños parecer,
pensé que era babador.
Ved qué de casillas tiene.
¿Es pañal?

BARTOLOMÉ: Creo que sí,
o fuelle, que el aire aquí
entrando y saliendo viene.
¿Quién diablos encuadernó
este libro de despensa?

Sale OSUNA

OSUNA: ¿Qué es lo que el Justicia piensa,
que al hospital le envió?
Desde lejos le he seguido,
mas con libertad he entrado,
viendo que estoy en sagrado
y donde lo está el sentido.
Locos andan por aquí;
al maestro quiero hablar.

MAESTRO: ¿Quién va?
OSUNA: Vengo a preguntar
por un hombre.

MAESTRO: El nombre di.
OSUNA: Es, señor, un forastero
que se llama Feliciano,
que entró ahora aquí.

MAESTRO: Ya, hermano,
daros la respuesta quiero;
que ya os conozco.

OSUNA: ¿Él a mí?

MAESTRO: Yo a vos.

OSUNA: Pues ¿de cuándo acá?

MAESTRO: Bien se ve que loco está:
luego en los ojos lo vi.

¡Ministros!
 GONZALO: ¿Padre?
 MAESTRO: Al momento
 ese loco desnudad.
 FELICIANO: ¿Hay mayor temeridad?
 OSUNA: ¿Hay tal desconocimiento?
 Hombre, ¿qué dices?
 MAESTRO: Aplico
 remedio a tu mal.
 NICOLÁS: ¡Ea, presto!
 OSUNA: Yo tengo la culpa de esto.
 BARTOLOMÉ: ¡Estáte quedo, borrico!
 OSUNA: Sacaré, por Dios, la espada.
 ¡Fuera, perros!
 NICOLÁS: ¡Oh, qué bien!
 MARTÍN: ¡Ríndete, envés de sartén!
 La defensa es excusada.
 OSUNA: (¡Vive Dios, que han de matarme!
 ¡El diablo me trujo aquí!)
 Tomad la espada.
 GONZALO: Eso sí.
 NICOLÁS: Desnúdate.
 OSUNA: ¿Desnudarme?
 BARTOLOMÉ: Échale ese sayo presto.
 OSUNA: ¡Muy bueno, por Dios, estoy!
 ¿Sabes, villano, quién soy,
 que desta suerte me has puesto?
 MARTÍN: ¿Sabes tú mi calidad,
 mis costumbres y mis tratos?
 Pues yo soy Poncio Pilatos,
 no más de hasta la mitad;
 que de medio abajo soy
 el rocín de San Martín.
 BARTOLOMÉ: Vos mentís, que ese rocín...
 GONZALO: Yo soy, aunque en pelo estoy
 como vos; pues ¿tú no ves
 que yo soy?

MARTÍN: Con menos voces.
GONZALO: Pues tiremos todos coces
y el padre diga quién es.
OSUNA: Es cierto; yo se lo creo.
MAESTRO: Bueno está; todos lo son.
FELICIANO: Perdiendo voy la razón
con las desdichas que veo.

Tocan

MAESTRO: Hijos, a cenar tocaron.
NICOLÁS: ¡Ea, locos, a cenar!
MARTÍN: Yo voy a tomar lugar.

Vanse GONZALO, MARTÍN, NICOLÁS, BARTOLOMÉ y el MAESTRO

OSUNA: ¡Bueno, por Dios, me dejaron!
Mas ¿quién ha quedado allí?
FELICIANO: ¿Quién puede ser sino yo?
OSUNA: ¿Es Feliciano?
FELICIANO: Es quien vio
todo el cielo contra sí.
OSUNA: En medio de mi tristeza
a reír me has obligado.
FELICIANO: Sí, que ves desde el tablado
destos toros la fiereza.
¡Por Dios, que estás de manera
que, a no ser tal mi pasión,
me habías dado ocasión
para que lo mismo hiciera!
¿Por qué te han vestido así,
Osuna, teniendo seso?
OSUNA: ¡Por Dios, que el mismo suceso
iba a preguntarte a ti!
Que debe de ser, sospecho,
costumbre de esta ciudad.
FELICIANO: ¡Extraña riguridad

OSUNA: hoy con mi inocencia han hecho!
¿Con la tuya?

FELICIANO: Con la mía.

OSUNA: ¿Quédome yo en la posada?

FELICIANO: ¿Qué hará mi Clarina amada?

OSUNA: ¿Qué hará también mi Lucía?
Mas, mira que no he comido,
y que acaban de tañer.

FELICIANO: Luego, ¿tú piensas comer?

OSUNA: Pues ¿de qué sirve el vestido?
¡Vive Dios, que me han de dar
mi ración como a cualquiera!

FELICIANO: Espera.

OSUNA: Que no hay espera.
¿Soy yo loco de ayunar?
¡Por vida de mis cuidados,
que aquesta locura mía
no la han de hacer cada día
con más de cuatro ducados!
Pues ¿bofetadas? Es cosa
sin remedio.

FELICIANO: Ya el humor
se te pega.

OSUNA: Esto es mejor
en desdicha tan forzosa;
por eso al daño te esfuerza
y toma ejemplo de mí.

FELICIANO: ¡Ay, Clarinda, que por ti
vengo a ser *loco por fuerza*.

FIN DE LA JORNADA PRIMERA

JORNADA SEGUNDA

Salen CLARINDA y ROSELA

ROSELA: Perdió, como digo, el seso
y el Justicia le envió
donde se aumenta en exceso
la tristeza que le dio
la nueva de tu suceso.

CLARINDA: El queda en el hospital.
No me digas tanto mal,
que no me basta paciencia.

ROSELA: Clarinda, una injusta ausencia
obliga a desdicha igual.

Él está sin seso.

CLARINDA: ¡Ay, cielo!

¿Cómo le podrá tener
quien vive en tal desconsuelo?
Hoy me he de matar y ver
al mejor hombre del suelo.

Haz, Rosela, de manera
que salgamos las dos fuera;
vamos a ver a mi bien,
o permíteme también
que me vuelva loca y muera.

¡Terrible es este rigor!
¿Qué me quiere la Justicia?
En vez de hacerme favor,
¿quién vio, con tanta malicia,
castigar un justo amor?

Feliciano es mi marido.
Confieso que me ha sacado
del lugar en que he nacido;
pero, si no me ha forzado,
¿qué delito ha cometido?

Y si esto delito fue,

castígueme sola a mí;
pues para que libre esté
yo juraré que yo fui
la que le saqué y forcé.

Todos andan en mi daño,
porque todos me procuran;
porque a todos desengaño,
porque todos se aventuran
por su gusto a un mismo engaño.

El Justicia no la tiene
en su injusta pretensión;
tu hermano a engañarle viene;
pues, teniéndome afición,
en su casa me entretiene.

Albano me ha dicho amores,
cansado de tus favores,
y tú, como ingrata amiga,
porque la sangre te obliga,
encubres a tres traidores.

Pues si habéis dado ocasión
para enloquecer mi bien
y le tenéis en prisión,
yo seré loca también;
que cuantas aman lo son.

A ser locos nos esfuerza
un amor, una verdad,
que no hay rigor que la tuerza,
Clarinda por voluntad,
y Feliciano por fuerza.

Vase

ROSELA: ¡Bien hemos negociado!

Sale LEONARDO

LEONARDO: Pues, hermana, ¿hasle contado

ROSELA: lo que te dije a Clarinda,
para que se ablande y rinda?
Cuerdo consejo has tomado;
contéle todo el suceso,
y cómo sin seso estaba
su querido amante preso.

LEONARDO: ¿Cómo te escuchó? ¿Lloraba?

ROSELA: No; pero ha perdido el seso.

LEONARDO: ¡Válgame el cielo!

ROSELA: Esto pasa;
y sácala de esta casa,
porque dice mil locuras
que mal estarán seguras
de lengua que tanto abrasa.
No ha de estar un punto aquí,
o yo no he de estar en ella.

LEONARDO: Duélete, hermana, de mí.

ROSELA: ¿Quieres tú que una centella
levante un incendio en ti?

LEONARDO: Súfrela, que tiene amor,
y no es mucho que el rigor
de la nueva de su amante
haga efecto semejante,
que es el primero dolor.
Yo te digo que mañana
tenga menos sentimiento.

Sale el JUSTICIA, ALBANO y criados

ALBANO: Tened por cosa muy llana
que tiene este pensamiento.

JUSTICIA: ¿Quién os lo ha dicho?

ALBANO: Su hermana.

JUSTICIA: ¿Que Leonardo quiere bien
a Clarinda?

ALBANO: Esto he sabido.

JUSTICIA: Quitarésela también.

ALBANO: Mejor la hubiera tenido
no quiero decirte quién.

JUSTICIA: Erré en no dártela, Albano,
que eres hombre más seguro. —
¿Leonardo?

LEONARDO: ¿Señor?

JUSTICIA: (En vano
vencer el rigor procuro
de este desdén castellano.)
No hay averiguar verdad;
a Clarinda me entregad.

LEONARDO: (Estos vienen de malicia;
la capa de la justicia
encubre la voluntad.)
Señor, en aqueste instante
a mi hermana le reñía,
lo que no es bien que te espante;
que prenda que andar podía,
bien pudo buscar su amante.
Ella no parece en casa.

JUSTICIA: ¿Qué decís?

LEONARDO: Que se nos fue.

JUSTICIA: ¡Justa cólera me abrasa!

LEONARDO: ¿Quieres que por guarda esté
del mismo viento que pasa?
¿Quieres tú que al movimiento
del cielo le ponga un clavo?
¿Quieres que un rayo violento
detenga cuando más bravo
baja estremeciendo el viento?
¿Quieres que tenga en un ser
las mudanzas de la luna?
Porque eso mismo es hacer
que se pare la fortuna
y se encierre una mujer.

JUSTICIA: Si no fuera el amistad
tanta, Leonardo...

LEONARDO: No creo
que por una liviandad
pueda más tu mal deseo
que mi honrada voluntad.

JUSTICIA: ¿No basta haberme enojado
sino hablar tan libremente?

ROSELA: Si tú te muestras airado,
pagaré yo injustamente
el enojo que te ha dado.
Hazme más merced a mí.

JUSTICIA: Por tu respeto, Rosela,
me voy sin vengarme aquí.

Vase

ALBANO: (Mal se trazó mi cautela.)

LEONARDO: Albano, escúchame.

ALBANO: Di.

LEONARDO: El Justicia quiere bien
a Clarinda.

ALBANO: Así es verdad.

LEONARDO: Ya tú conoces también
que la tengo voluntad.

ALBANO: Sé tu amor y su desdén.

LEONARDO: Como amigo te diré
un secreto.

ALBANO: Yo seré
un archivo de tres llaves.

LEONARDO: Sé tu pecho.

ALBANO: (Aún no le sabes;
que hoy me ha faltado la fe.)

LEONARDO: A Clarinda tengo aquí.

ALBANO: Luego ¿no está ausente?

LEONARDO: No.

ALBANO: Pues ¿qué has pretendido así?

LEONARDO: Quedarme con ella.

ALBANO: (Y yo

pienso quitártela a ti.)
LEONARDO: Quiero que en tu casa esté;
llévala, Albano, contigo.

ALBANO: Seguramente podré,
que soy, Leonardo, tu amigo.

ROSELA: Muy necio estás hoy.

LEONARDO: ¿Por qué?

ROSELA: Si el Justicia te ha fiado
a Clarinda, como amigo,
y a Clarinda le has quitado,
¿no hará lo mismo contigo,
si está Albano enamorado?

LEONARDO: ¿Enamorado estás de ella?

ALBANO: ¿Yo enamorado? No creas
que es mi prenda menos bella;
que si a Clarinda deseas,
yo sirvo a una clara estrella. —

(Rosela, no pensé yo
que en vos sin honra vivía
el que con tanta nació.)

ROSELA: (Perdonad la ofensa mía,
que la sangre me engañó.

Deseo el bien de mi hermano
y, junto con esto, Albano,
el quitaros la ocasión
de aventurar la opinión
con algún hecho liviano.)

Vase

LEONARDO: Fuese, y con vergüenza fue.

ALBANO: Dadme, Leonardo, lugar
que satisfacción la dé.

LEONARDO: A Clarinda os quiero dar;
con vos es mejor que esté. —
¿Fabio?

Vanse. Sale FELICIANO con vestido de loco

FELICIANO: Justas quejas derramaba al viento,
sin ver que padecer por vos corría
a cuenta de tan gran merecimiento.

De haberos agraviado me arrepiento
en no estimar el mal que padecía;
que como vuelve el sol la noche en día,
vuelve vuestro valor gloria el tormento.

Quejábame de ver, contra mi fama,
preso por loco el seso y, en efeto,
conozco que a su premio Amor me llama.

Prisión es justa; que ningún discreto
puede probar que es cuerdo mientras ama
o confesar que no es su amor perfeto.

Sale OSUNA

OSUNA: Si estás, Locía, a sombra de algún chopo
de verdes hojas y cortezas lisas,
jabonando en el Ebro tus camisas
o hilando, para hacellas, algún copo;
si con algún galán de los que topo
entre tus Juanas, Mengas y Belisas
estás contando fábulas de Esopo;
duélete de este preso desdichado
y perdona al dolor si te importuno;
son las quejas del preso lastimado.

Y por loco me tienen, y ninguno
me ha visto eternamente confiado,
ni le dije a mujer secreto alguno.

FELICIANO: ¿Cómo te va de prisión
Osuna, en desdicha tanta?

OSUNA: Que el sufrimiento se espanta
y se acaba la razón.

Anda ya el entendimiento
por dar al traste con todo;

porque apenas hallo modo
de sentir el mal que siento.

Trújome Amor a seguir
tus desdichas, mas de suerte
que, dando en la misma muerte,
nunca acabo de morir.

Cuando, por el rey de España,
algún cosario crüel
me llevara preso a Argel,
fuera por honrosa hazaña;
pero que en una ciudad
de cristianos esté preso
por el seso, siendo el seso
tan común enfermedad,
no puedo tener paciencia.

FELICIANO:

Pues ¿qué te diré de mí,
que, entrando con seso aquí,
me le ha quitado el ausencia?

Estoy, Osuna, de suerte,
en males tan inhumanos,
que mil veces con mis manos
me he querido dar la muerte;
porque no puedo creer
que este mal me haya venido
sin que ocasión haya sido
aquella ingrata mujer.

¿Quién duda que dio ocasión,
pues ha sido tan crüel
que un recado ni un papel
ha entrado en esta prisión?

¡Con qué famosa experiencia
y justa desconfianza
pintaron a la mudanza
una mujer en ausencia!

¡Triste de mí, que el suceso
que ahora pasa por mí
[.....-í]

y me ha de sacar sin seso.

Salen el JUSTICIA y el MAESTRO

JUSTICIA: No quiero más de saber
si está Feliciano acá.

MAESTRO: A muy buen recado está.

FELICIANO: ¿Qué es esto que vengo a ver?

JUSTICIA: ¿Es aquéste?

MAESTRO: Sí, señor.

JUSTICIA: Pues ¿cómo va, Feliciano?
¿Qué hay de pleito?

FELICIANO: Que está llano
de mi sentencia el favor,
pues el jüez me visita;
pero jüez con pasión
mal juzgará la razón
si la vida no se quita.

JUSTICIA: ¿Yo, jüez apasionado?

FELICIANO: Pues ¿no lo dirá el efeto,
si has hecho loco un discreto
y un inocente culpado?

JUSTICIA: ¿Tú inocente? Mira bien
que una casa quebrantaste
y una doncella sacaste
de entre sus padres también.

FELICIANO: ¿Qué te debo, si es mi esposa?

JUSTICIA: No saber la voluntad
de sus padres.

FELICIANO: La verdad
está corrida y quejosa.
También lo está la nobleza
de que rompa un caballero
la palabra, pues primero
ha de perder la cabeza.
¿No me la diste, señor,
de no prenderme?

JUSTICIA: Es así;
pero la que yo te di
cumplíla en todo rigor.
A la cárcel en que tengo
jurisdicción te juré
de no llevarte.

FELICIANO: Ya fue
cautela, pues a ésta vengo;
y cualquier trato jurado
así a los cielos ofende
como el juramento entiende
el hombre que es engañado.

JUSTICIA: Yo sé que con discreción
averiguo tu delito;
que hay más que piensas escrito
después que estás en prisión.
Ni pienses que vengo aquí
menos que a saber qué has hecho
a Clarinda.

FELICIANO: Ya del pecho
hasta la imagen rompí.
Ya quité de la memoria
el altar en que tenía
el ídolo que solía
darme su infierno por gloria.
Pero ¡bueno es preguntarme
por lo que tienes allá!,
pues cuando contigo está
vienes de nuevo a engañarme.

JUSTICIA: No disimules, que falta
del depósito Clarinda.

FELICIANO: ¡A fe que la industria es linda!
¡A fe que la prueba es alta!
Faltaré porque habrás sido
quien de allí la habrás sacado.

JUSTICIA: ¡Qué bien has disimulado
la culpa que habrás tenido!

¿Quién duda que la avisaste
y por tu orden se fue?

FELICIANO: Si ella falta, yo no sé
más de que aquí me encerraste;
y como allá competís
sobre quién ha de gozalla,
todos andáis a buscalla
y todos me perseguís.

JUSTICIA: (Si Leonardo me ha engañado,
yo sabré presto el suceso.)
Maestro, mirad que el preso
no es loco, sino culpado.

MAESTRO: Yo tendré cuenta con él.
Vase el JUSTICIA

OSUNA: (Que no me haya conocido
debo al cielo.)

FELICIANO: ¡Que haya sido
mi desdicha tan crüel!

¡Que ande en tanta perdición
una mujer que es tan bella,
a un hombre que está en prisión!

Mas no son efectos pocos
para saber que está loca,
pues a buscarla provoca
en un hospital de locos.

Pues, alto; si ya perdida
Clarinda, su honor perdió,
¿qué seso defiendo yo,
donde he de perder la vida?

¡Afuera, vana esperanza!
¡Afuera, necio valor;
que quien danza con Amor
ha de entender la mudanza!

Hasta aquí, si cuerdo he sido,
porque, si perdido estoy,
también lo estará el sentido.

Desharé puertas y rejas
que mi venganza estorbaron
y porque no se ablandaron
a mis suspiros y quejas.

No ha de quedar cosa en pie,
pues la esperanza cayó;
que al cielo, donde subió,
no fue menester la fe.

Sombras que me estáis mirando,
quitaos delante de mí.

OSUNA:

Feliciano, vuelve en ti.

FELICIANO:

¿Que vuelva en mí? ¿Cómo, cuándo,
si salí para ser vida
del alma de una mujer
que se comienza a perder
o que se acaba perdida?

Si ninguno sabe de ella,
¿cómo volveré yo en mí,
mientras que no vuelva en sí
para que vuelva a querella?

MAESTRO:

¿Este dicen que no es loco?
Sus lunas tiene, ¡por Dios!

FELICIANO:

Pues si no tuviera dos,
¿tuviérame nadie en poco?
Mientras fui presente amante,
tuve una luna creciente;
y mientras fui amante ausente,
tuve una luna menguante;
estas dos lunas han sido
las que me han traído aquí.

OSUNA:

Furioso está.

FELICIANO:

Nunca vi
furioso un hombre rendido.

Pero si crece la injuria,
¿qué mucho que el furor crezca
y que quien tanto padezca
vuelva la paciencia en furia?

Pues furioso estoy de veras,
mataros tengo a los dos.
MAESTRO: ¡Hola, ministros!
OSUNA: ¡Por Dios,
que das en lindas quimeras!
Mira, amigo Feliciano,
que te echarán en prisión.
FELICIANO: Vanos tus consejos son;
mataréme con mi mano.

Salen los locos NICOLÁS, GONZALO, BARTOLOMÉ, y MARTÍN

NICOLÁS: Pues, padre, ¿quién le hace mal?
GONZALO: ¿Quién le fuerza, padre mío?
BARTOLOMÉ: ¿Quién le enoja, señor tío?
MAESTRO: Nunca he visto furia igual.
Asidle, atadle, que tiene
un demonio revestido.
BARTOLOMÉ: Pues ¿tú te has descomedido
en un día tan solene?
Con el *Ite, missa est*,
¡vive Dios!, que has de llevar
calabazate y azar.
MAESTRO: Atadle manos y pies.
FELICIANO: Llegad, abejas infames,
llevaréis a manos llenas.
GONZALO: Detente y no la derrames,
que habemos de hacer hojuelas.
BARTOLOMÉ: ¡Oh, villano! ¿A mi persona?
FELICIANO: Pues llega, ¿qué te recelas?
MAESTRO: Asidle juntos.
FELICIANO: Aquí
veréis lo que es el furor
de un hombre que tiene amor.
NICOLÁS: ¡Ay, que me ha muerto!
GONZALO: ¡Ay de mí!

CLARINDA:
OSUNA:

¿Estáis furioso?

Pudiera,

según es la sinrazón
de verme en esta prisión,
teniendo seso allá fuera;
que ¡vive Dios! que en mi vida
hice coplas, ni serví
a señor necio, ni di
mi hacienda a dita perdida;
ni saqué al campo ninguno
por negocios de mujer,
ni lo que yo pude hacer
quise que hiciese ninguno.

Ni me acompañé de bobos,
ni subí, aunque me importase,
caballo que se empinase,
mula que diese corcovos;
ni hice mal a cordero,
ni tuve en Lod esperanza,
ni quise tomar venganza
sin pasar noche primero.

Ni desprecié a mis iguales,
ni perdí el respeto y ley
a cosa alguna del rey,
aunque fuesen sus reales.

Ni fui de vidas fiscal,
ni al fuerte mostré desdén,
ni dejé de hacer el bien,
ni de guardarme del mal.

Jamás fié de pariente
ni amigo reconciliado,
ni lloré por lo pasado,
ni perdí el tiempo presente,
ni traté amor con doncella
indigna de ser mujer,
ni tomé purga sin ver
que el médico viese hacella.

Ni entré en vado que primero
otro no fuese delante,
ni hice burla a estudiante,
ni di al Banco mi dinero.

Nunca papel he firmado
que primero no leyese,
tiré arcabuz que estuviese
de mucho tiempo cargado,
ni jugué mucho ni poco
con hombre pobre jamás,
y con esto, adonde estás,
me tienen preso por loco.

CLARINDA: ¿Qué propio, Lisardo, es
de un loco decir que es cuerdo!

OSUNA: Basta, que el crédito pierdo;
pero, porque me le des,
 pregúntame alguna parte
que toque al entendimiento.

CLARINDA: Los locos hablan a tiento;
pero quiero preguntarte:
 ¿cuál es la cosa más loca?

OSUNA: Eso es fácil de saber.

CLARINDA: Pues ¿cuál es?

OSUNA: ¿Cuál? La mujer.

CLARINDA: Volver por ellas me toca.

OSUNA: ¿Puede ser mayor locura
que lavar un negro?

CLARINDA: No.

OSUNA: Pues mujer he visto yo
que hacer lo mismo procura.

 La morena que se afeita
¿blanca no se intenta hacer,
y sólo en que da a entender
que es blanca no se deleita?

 Los cimientos de hermosura
en tez y dientes están;
si esto acaba el solimán,

¿puede haber mayor locura?

Una pequeña ¿no intenta
parecer grande en chapines,
y desde misa a maitines
por ventura no se asienta?

Pues fiar la autoridad,
que es de la virtud primero,
de un corcho, que es tan ligero,
¿no es locura y liviandad?

Si mira en una doncella
que la tratan de marido,
mal hecho y peor nacido,
dice que es ángel y estrella;
y siendo cosa que dura
un siglo, como si fuese
para que una hora viviese,
le quiere, admite y procura.

La casada que mandar
quiere a su marido a coces,
y hay sobre esto sangre y voces,
¿puédese cuerda llamar?

Y la viuda que tenía
que comer y se casó
con el que se lo jugó,
por dicha, al segundo día,

CLARINDA: Todas éstas
que tú dices locas son.

Muchas hay con discreción,
honestamente compuestas;
que es la honesta compostura
de una mujer adornada
una moldura dorada
en un marco de pintura.

Que doncellas o solteras
hayan hecho algún error,
de los hombres es mayor,
que dan las causas primeras.

para que le entres a ver.
CLARINDA: Merced me puedes hacer.
OSUNA: Cierta sospecha me has dado.

Vase

CLARINDA: No comienzan mis desdichas,
Lisardo amigo, por poco.
¿Fuerza para hacer un loco
tienen las nuevas mal dichas?
Mas una reja han abierto
y un gentil mancebo suena
sobre el hierro una cadena.

*Estése una reja hacia fuera del vestuario porque se oiga y vea a
FELICIANO, que estará por dentro*

FELICIANO: ¿Quién es la que busca a un muerto?
CLARINDA: ¿Eres tú, solo bien mío?
¿Eres tú, loco adorado?
¿Eres tú, sol eclipsado,
cielo a quien el alma envió,
dulce señor de esta vida
y de este espíritu aliento?
¿Eres tú aquel pensamiento
de mi verdad combatida?
¿Eres tú, columna fuerte,
cuyo amparo me faltó,
porque más pareces yo,
presa y loca por quererte?
¿Cómo es esto, dueño hermoso
de esta esclava? ¿Quién te impide
mis brazos? ¿Tanto divide
la envidia de un poderoso?
¿Tanto puede un gusto injusto?
Dame esa mano, señor.

FELICIANO: ¡Ay, cocodrilo traidor,

que bañas en llanto el gusto!

¿Para qué, serpiente fiera,
la voz del partir, fingida,
vienes a engañar mi vida
para que a tus manos muera?

¿Cómo, tras tantas maldades,
te ha venido a la memoria
aquella amorosa historia
de mis antiguas verdades?

¿De dónde saliste aquí
para aumentar mi dolor,
te diese nuevas de mí?

¿Por dicha te arrepentiste
de haberme tenido en poco,
porque me prendes por loco

¿Por dicha el que te ha gozado
se cansó, porque gozó
lo que poco le costó,
que poco es poco estimado?
siendo tú ausente y mujer,
de esta cadena a romper
los candados de tu oído?

¿Por dónde entró mi dolor
a decirte, ingrata, “Advierte
que queda un hombre a la muerte,
loco de tu poco amor”?

Y si tu amor es tan poco,
¿por qué nos permite ver,
yo a ti de burlas mujer,
y tú a mí de veras loco?

Pero ya sé que has venido,
siendo tan poco tu amor,
como viene el vencedor
a ver atado al vencido.

Pero si ese nombre tuve,
que estoy desde ahora, advierte,
más loco de aborrecerte

que de quererte lo estuve.

CLARINDA: No pensé, ya que te veo,
del tiempo y del cielo airado,
que éste te hubiera guardado
a las ansias del deseo.

No pensé que la fortuna,
común a los dos, te diera
ocasión para que fuera
causa de sospecha alguna.

No pensé que, visto el bien,
ya que a los brazos faltara,
por los pies de tal desdén.

Ni pensé, dulce bien mío,
que creyeras de mi honor,
ya que te faltara amor,
tan notable desvarío.

Pero si entonces pensara
que eras hombre, por ventura
no estuviera tan segura
de que tu fe me faltara.

¿Yo descuidada de ti?
¿Yo ausente de tu prisión?
¿Yo, mi bien, di la ocasión?
¿Yo con quien dices me fui?

¿Yo que, presa y muerta ahora,
he sido roca en el mar?
¿Yo, sin cesar de llorar,
desde la noche al aurora?

¡Ah, Feliciano, mal pagas
mi amor con tratarme así!

FELICIANO: Date cuenta a ti de ti,
y a mí no me satisfagas.

¡Ved qué razones aquéllas!
¡Ved que Alsernico al cercado!
¡Ved qué diamante limado
que me está dando con ellas!

¡Ay de mí! Cuando en Toledo

en una reja te vi
estar llorando por mí
de amor, de celos, de miedo,
¡cuán diferente rocío
reverdeció mi esperanza,
que, seguro de mudanza,
bajó de tu rostro al mío!

Pues, Clarinda, si desnudo
en Tajo me halló tu amor,
desnudo quedo en rigor;
lo mismo puedes que pudo.

Si justa mi queja es,
dígalo tu pecho bajo;
allí me diste de tajo
y aquí me das de revés.

Loco por fuerza me has hecho,
siendo yo de voluntad;
pues ten por cierta verdad
que no hay fuerza de provecho.

Como eres ya gran señora,
quieres locos en tu casa;
pues, Clarinda, el tiempo pasa,
huye la edad voladora.

Si vivo, te espero ver
donde me vengue de ti.

CLARINDA: ¡Mi bien, mi bien, oye!

FELICIANO: Di.

CLARINDA: Mira que soy tu mujer.

FELICIANO: ¡Fuego en mí que tal pensé!

¡Fuego, fuego!

Vase

CLARINDA: ¿Al fin te fuiste?

LISARDO: Con grande enojo se fue.

CLARINDA: ¿Es posible que he llegado
a desventura como ésta?

¿Es posible, Feliciano,
que aquí llorando me dejas?
¿Es posible que mi honor,
conociendo tú mis prendas,
haya dado, injustamente,
ocasión a tus sospechas?
¿Qué, no merecí llorando
hacer mis lágrimas hierba
que deshiciera estos yerros
y que tu error deshiciera?
¡Oh, cuánto pueden los brazos
más que las palabras tiernas,
pues que le concede el hombre
lo que a las lágrimas niega!
¡A fe que, si al cuello tuyo
hiciese de ellos cadena,
que el desdén no se alabara
de la victoria que llevas!

Si eres loco por fuerza,
yo lo seré por ti, de amor, sin ella.
Mátame, y abre un poco,
que no te matarán, pues estás loco.

LISARDO: Señora, advierte que es tarde,
y que es ya mucha licencia,
que se enojará Leonardo
si no vas antes que vuelva.
Ven a casa, y desde allí
haz alguna diligencia
para que te den tu esposo.

CLARINDA: ¿Qué diligencia me queda,
pues, aunque de ver mi llanto
cuantos me escuchen se muevan,
dice mi amante crüel
que hice a mi honor afrenta?
Déjame darle una voz
por los huecos de estas rejas.--
¡Feliciano! “-no,” responde.

“No,” dice el eco en respuesta.
Estoy por volverme loca;
pero será cosa fea
que esto se diga de mí
cuando a ser su mujer venga;
que si no, ¡viven los cielos!,
que todo el mundo no fuera
parte a sacarme de aquí.

LISARDO:

Vamos, señora, que cierran.

CLARINDA:

¡Ay, mi loco por fuerza,
más loca voy sin ti que tú lo quedas;
aunque es quererte poco
partir con vida donde quedas loco.

Sale OSUNA

OSUNA:

¡Ce! ¿Qué digo, hermosa dama?
Permitid que hablaros pueda
de parte de un hombre loco,
pienso que por causa vuestra.

CLARINDA:

Di que es tarde,
y temprano a sus afrentas;
que éstas que me ha dicho llevo
en medio del alma impresas.
Que no quiero que los locos
digan en mi honor sentencias,
que no tome en su locura
a mi deshonra por tema;
que no soy, aunque mujer,
de las mujeres que piensa.

Que si es loco por fuerza,
desde hoy seré por desengaño cuerda;
pues ha tenido en poco
lo que cuerdo estimó cuando está loco.

Vase

OSUNA: No suele a los pies volver,
pisado, con mayor furia
el áspid que con la injuria
vuelve al hombre la mujer.
¡Con qué notable mudanza
se parte de esta prisión!

Sale FELICIANO

FELICIANO: ¡Aguarda, dulce ocasión
de mi perdida esperanza!
¡Aguarda, Clarinda mía,
que me han dado libertad
para ver si tu verdad
vive el lugar que solía.
¡Ay de mí! ¿Fuese?

OSUNA: Era tarde
y por eso no esperó.

FELICIANO: ¿Qué, tan presto anocheció
tu sol, que me abrasa y arde?
¡Ay, amigo y compañero
de este miserable estado,
qué de cosas he pasado
con este viento ligero,
con esta luna mudable,
con esta ausente y mujer!
No sé qué tengo de hacer
en mal tan irreparable;
que, si no es perder la vida,
no tengo qué aventurar.

OSUNA: Aquí la he visto quejar
de tu crédito ofendida.
La mujer, aunque esté clara
su afrenta y vil deshonor,
siente mucho que su error
le diga nadie en la cara.
Y de Clarinda no creo

que te haya ofendido a ti,
pues que viene a verte aquí
con tan notable deseo.

Da lugar a tus pasiones;
da tiempo a tus desatinos;
busca mejores caminos
de remediar ocasiones.

Procura salir de aquí,
y deja engaños de amor;
que no es hombre de valor
el que se desmaya así.

¿Hombre y de bien, es razón
que llore --¡por mil canastas! --
de mujeres que, de castas,
buenas para casta son?

¡Vive Dios! Si de cristal
hiciera una mujer bella
el cielo, y vieras en ella
lo que es bien y lo que es mal,
que huyeras al fin del mundo.
Y por eso has de pensar,
si eres cuerdo, que es el mar,
que nunca se ve el profundo.

Verás el agua que forma
campos de cristal amenos
cuando a los cielos serenos
en su manto azul conforma.

Pero si Dios le secase,
verías, mirando el centro,
tantas sabandijas dentro
que entiendo que te espantase.

El engaño de un mancebo:
ése piensa en la mujer
como ella se deja ver
cuando le sirve de cebo;
vestida, rica, adornada,
llena de oro, afeite y seda,

pero no cuando ella queda...
No quiero decirte nada;
 si eres discreto, adivina
y procura libertad.

FELICIANO: Sin duda tu voluntad
a mi remedio camina;
 no soy tan rebelde, Osuna,
al consejo y la razón
que dé mayor ocasión
al rigor de mi fortuna.

 Poner quiero en libertad
de este Argel en que he vivido
la razón, pues al sentido
abre puerta la verdad.

 Pero ¿cómo podré yo
salir de aquí?

OSUNA: Buen remedio;
industria habrá de por medio,
que a ningún preso faltó.

 Dos locos van cada día
a pedir por la ciudad
con una guarda.

FELICIANO: Es verdad,
y que el rector los envía.

OSUNA: Pues no somos conocidos,
negociemos ir los dos
y pediremos por Dios
con estos mismos vestidos,
 donde alguna vez daremos
gatazo al que nos llevare
y, buscando quien te ampare,
a Castilla volveremos.

FELICIANO: Si en Toledo se supiese
que loco público fui,
¿qué dirán todos de mí?

OSUNA: ¡Lindo pensamiento es ése!
 Mira en qué razón me fundo

--aunque es paradoja de honra--,
que si el ser loco es deshonra
no hay hombre honrado en el mundo.

Dame alguno que, en efeto,
no haya hecho un disparate.
¿No ves que sobre el remate
de un pilar puso un discreto,
“Si en su linaje algún hombre
dice que no puede haber
o pobre o libre mujer,
ponga aquí luego su nombre”
y que pasó Cicerón
por allí y, mirando un poco,
puso encima, “o algún loco”,
y es porque los más lo son?

FELICIANO: ¡Extrañas cosas penetras!
Y yo también he leído
que anduvo loco fingido
David, en las sacras letras.

¡Gran cosa es la libertad;
procurémosla, que es justo!
Clarinda tiene su gusto,
fácil fue su voluntad.

Tomemos su mismo ejemplo,
que Amor, por cosa muy cierta,
dicen que tiene una Puerta
de Ausencia en su mismo templo.

Por la del deseo vienen
a entrar los que amando valen
y por la de ausencia salen
los que remedio no tienen.

Vamos a buscar la puerta
adonde el remedio está,
que yo sé que la tendrá
este desengaño abierta.

OSUNA: Eso sí, vamos; ¿qué esperas?

FELICIANO: Sígueme.

FELICIANO: Verás qué estrago
en los pasteleros hago,
confiteros y fruteras.

Vanse, y salen ALBANO con una carta, CELIO y FULGENCIA, de camino

ALBANO: Yo he leído la carta de don Diego
y es la persona, hidalgo, que en el mundo
más quiero, más respeto y más estimo,
y a quien la vida y aun la honra debo.
Es la ocasión que, estando yo en Castilla,
tuve cierta cuestión sobre palabras
allá, en el corredor de la pelota
de esa ciudad y, como forastero,
vi sobre mí gran cantidad de espadas,
pero libróme su valor de todas.
¿Es aquésta la dama que me escribe?

CELIO: Esta es la dama.

ALBANO: Dadme vuestros brazos;
que vos seáis mil veces bien venida,
aunque con las desdichas que me cuentan,
que en esta casa os serviremos todos.

FULGENCIA: Para que más a compasión os mueva,
ilustre Albano, oíd mi cruel desdicha
y la ocasión de verme en Zaragoza,
pues no puede decir tanto esta carta.
Estadme un rato atento.

ALBANO: Que me place.

FULGENCIA: Sabréis de dónde mi desdicha nace.

Yo soy, caballero noble,
de aquella ciudad famosa
donde la reina del cielo,
desde el trono de su gloria
bajó a darle mayor nombre
que tuvieron Menfis, Rodas,
Caria, Éfeso, Olimpo, Faro
y la insigne Babilonia,

que a todas sus maravillas
hace ventaja esta sola,
sin otras cosas ilustres
que su bello sitio adornan.
Allí tuve yo un hermano
que Feliciano se nombra,
aunque infeliz para mí
y para su sangre toda.
Éste sirvió a una doncella
discreta, gallarda, hermosa,
mas, como yo, desdichada
en no menos triste historia.
Tuvieron gusto sus padres
en dársela por esposa
a un hidalgo que tenía
igual hacienda y persona,
pero sintiendo los dos
tragedia tan lastimosa,
dando una noche lugar,
manto de las buenas obras,
se huyeron, según se dijo,
a Valencia o Zaragoza,
sin que alcanzarles pudiesen
ni cuadrilleros ni postas.
El hidalgo que esperaba
de aquesta dama las bodas,
quedó corrido, de suerte
que enfermó de esta congoja.
Pero pensando en venganzas,
le pareció la más corta
servirme a mí con engaños.
¿Quién vio tan injusta cosa?
Yo, triste, mujer al fin,
que para disculpa sobra,
no sabiendo que era a quien
mi hermano agravió en la honra,
di crédito a sus palabras,

que hay muchos hombres que lloran
de tema, como de amor
hasta que venganza toman.
Con cédulas y con firmas
de tal manera negocia
que, en ausencia de mis padres,
una noche temerosa
de relámpagos y truenos
y rayos, a mi deshonra,
de lástima abrí la puerta.
Mira si hay de hombre memoria,
que para tal tempestad
buscase imagen tan loca.
No pensé yo que los truenos
a sus manos engañosas
dieran lugar, pero fueron
Porque, como las ovejas
se meten unas en otras
cuando granizo desnuda
de los árboles las hojas,
así en mis brazos se guarda
de la inclemencia furiosa
con que el cielo amenazaba
pueblos en tierra, en mar flotas.
Al tiempo, pues, que vestida
de azucenas y de rosas,
en los hombros de la noche
puso los pies el Aurora,
serenóse, Albano, el cielo
y oscurecióse mi honra.
Fuese a su casa Fenicio,
y dentro de pocas horas
me escribió un papel diciendo
que a Aragón tomaba postas
a matar a Feliciano,
que le llevaba su esposa,
y que, en habiéndole muerto,

debe de ser que la adora,
me cumplirá la palabra.
¡Mirá qué bien se conforma!
Celio, que aquí esta presente,
vióme una tarde llorosa;
era amigo de mi hermano
--y no de los que hay ahora--.
Contéle el caso y, creyendo
que no era la causa poca
para que yo me matara,
cartas de don Diego cobra
y a Zaragoza me trae,
donde juntamente estorba
mi muerte y la de mi hermano.
Ésta es, Albano, mi historia.

ALBANO: No hubiera piedra, jaspe o bronce duro
que no se enterneciera de escucharla.
Pero porque tengáis algún consuelo,
yo sé dónde veréis hoy a Clarinda,
y sabed que está preso vuestro hermano,
conque de esa traición está seguro.

FULGENCIA: ¿Dónde pudiera yo tener remedio
si no es en vos, aragonés ilustre?

ALBANO: Seguidme, porque se haga diligencia
para hallar el ingrato que os deshonra.

FULGENCIA: Vos sois el dueño de mi vida y honra.

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

Vase

GUARDA: Yo te azotaré, traidor.
OSUNA: Poco a poco en azotarme,
 que le daré un mojicón
 con un pan todo corteza
 que, por mecha, en la cabeza
 puedan ponerle un colchón.
GUARDA: ¿A mí, perro, tragaperas?
OSUNA: Hago bien. ¿Compráislas vos?
FELICIANO: Dejadle ya, que ¡por Dios!
 que hablemos todos de veras.
GUARDA: ¿Tú también?
FELICIANO: ¡Teneos allá!
GUARDA: No saldréis más.
OSUNA: ¡Malos años!
GUARDA: Que yo diré allá los daños
 que habéis hecho por acá.
OSUNA: ¿Qué he hecho yo?
GUARDA: Derramado
 una olla de menudo
 que un asno hacer no lo pudo.
OSUNA: ¿No ve que soy yo jurado
 y que era puerco y mal hecho?
GUARDA: ¿Y el confitero, ladrón?
OSUNA: ¿Él no ve que el diacitrón
 es caliente para el pecho?
 Cuanto y más que no quebré
 sino un bote de aceitunas,
 porque, por el vidrio, algunas
 son grandes a quien las ve.
 De suerte que para vellas
 saben muy bien destrazallas,
 agrándanlas al comprallas
 y achícanlas al comellas.
FELICIANO: De las cosas de la plaza
 es lindo fiel un loco.

OSUNA: Gente viene. Espera un poco.
FELICIANO: ¡Gran desdicha me amenaza!

Salen FENICIO, TORCATO, viejo, y el JUSTICIA

JUSTICIA: ¿Que de Clarinda sois padre?
TORCATO: ¡Pluguiera a Dios no lo fuera
o, ya que fui, pareciera
en la virtud de su madre!
Aqueste hidalgo es a quien
yo la daba por marido.

FELICIANO: (A mal tiempo hemos salido.)
OSUNA: (Si hay algo, encúbrete bien.)
FELICIANO: (Éste es padre de la dama
que te dije.)

OSUNA: (¿Y el galán?)
FELICIANO: (Su esposo.)
OSUNA: (Tras ti vendrán.)
FELICIANO: (Torcato el viejo se llama
y el mozo Fenicio.)

OSUNA: (Aquí
has de ser loco por fuerza.)

FELICIANO: (La necesidad me esfuerza.)
JUSTICIA: Ya os dije que los prendí.
Él está en cierta prisión
y ella está depositada.

FELICIANO: ¡Qué buena está la empanada
“Mi ganado y mi cayado
y mi zurrón, tres enemigos son.”

FENICIO: Señor, este es Feliciano.
¡Traidor, de mi honra tirano!
¿Quién de esta suerte te ha puesto

TORCATO: ¡Crüel enemigo mío!
¿Qué has hecho a mi prenda amada?
¿Cómo ha de cortar mi espada
en tu loco desvarío?
¿Cómo estás en esa suerte?

FENICIO: ¿Dónde tienes a mi esposa?
FELICIANO: ¡Oh, qué pregunta donosa
para quien está a la muerte!
JUSTICIA: Feliciano, ¿qué quimeras
son éstas con que te burlas?
¿Cómo? ¿De loco de burlas
viniste a serlo de veras?
FELICIANO: Viejo, vos sois mi ganado,
pues, en fin, padre habéis sido
de aquel ganado perdido
por quien perdido he quedado.
Mi cayado fuisteis vos,
Justicia, mal informado,
aunque en torcer el cayado
no parecisteis a Dios.
Mi zurrón vos, mentecato;
porque venir este día
por cosa que ha sido mía
y que hacéis que la trado [*sic*].
Sin honra, sin ocasión,
sin justicia, me han buscado
jüez, padre y desposado,
de donde es clara razón
que “mi ganado, mi cayado
y mi zurrón...”
OSUNA: “...tres enemigos son”.
TORCATO: ¡Bien cobraré yo mi honra
de un loco público!
FENICIO: Y yo,
de un hombre que me ofendió,
satisfaré mi deshonra.
JUSTICIA: Feliciano, del mesón
donde estabas, has pasado.
Lo limpio se te ha pegado.
FELICIANO: Mis tres enemigos son.
Yo soy cuerpo en que vivía
Clarinda.

OSUNA: Es mucha verdad.

FELICIANO: Esta alma, por su beldad,
tres enemigos tenía;
aqueste viejo era el mundo,
que es quien al mundo la dio;
la carne éste, que pensó
llevar la suya al profundo;
el diablo fue este ladrón,
que la llevó al reino eterno,
donde, como en el infierno,
ya no espero redención.

Zurrón de carne crüel,
ganado del mundo ingrato,
cayado de garabato
que la llevaste con él,
mirá que en esta prisión,
como por fuerza y forzado
de mi pasión y cuidado,
dije, con mucha razón,
que "mi ganado, mi cayado
y mi zurrón...:

OSUNA: "...tres enemigos son".

TORCATO: Señor, no me mandes ver
desventura semejante.

FELICIANO: (¡A fe que ha sido importante
el fingido enloquecer!)

OSUNA: (Y aun a mí, que tengo aquí
dos muertes y estoy temblando.)

JUSTICIA: ¿Creeré lo que estoy mirando,
siendo el que la causa di?

¡Pobre mancebo! El más loco
en la prisión cobra el seso
y tú le has perdido preso.

FELICIANO: Pues ¿qué queréis? Si era poco
viendo, mi señor, Justicia,
a jugar a la primera
con amor, sospecho que era

fullero y de gran codicia.

Hizo a Clarinda de resto
amor con sus diligencias;
y mi sentido y potencias,
que es lo más que paso en esto.

Porque lo viese el Crineno;
un siete copas me dio
y un seis envidé, y metió
un tanto de engaños lleno.

Diómelas, y mil tesoros
de mi memoria envidé;
quiso, y de mi firme fe
le entró junto un flux de oros.

Como me vi sin memoria,
hice de resto mi fe,
barato mi buen jüicio,
y dio cartas de mi historia.

Dos caballos que me entraron
hasta a Zaragoza fueron;
quiso, y luego me vinieron
figuras que me engañaron.

Como estaba sin memoria,
envidé de falso el resto,
y él, como estaba dispuesto,
quiso hasta el fin de la historia.

Caballos y caballeros
y figuras me engañaron,
que, como [...aron?]
andaban todos ligeros,

y el as de bastos le entró
a Amor, que fue vuestro palo,
y fue para mí tan malo,
que al de Olías pareció.

En más locos estoy preso,
aunque me veis libre aquí,
pues todo el resto perdí
y estoy sin blanca de seso.

TORCATO: No me mandéis esperar
a ver tan grande dolor.
FENICIO: Esto no importa, señor,
sino a Clarinda buscar.
JUSTICIA: Venid, que yo sé que ha vuelto
al depósito en que estaba.
TORCATO: ¡Qué brava locura!
FELICIANO: ¡Brava!

Vanse el JUSTICIA, TORCATO y FENICIO

OSUNA: Notable historia has revuelto.
FELICIANO: Todo ha sido menester,
pues, en efecto, se irán.
OSUNA: ¿Que este tonto es el galán
de aquella hermosa mujer?
FELICIANO: Éste es Fenicio.
OSUNA: Él parece
un fénix de necesidad.
FELICIANO: Ya estamos en la ciudad.
Dime lo que se te ofrece,
para dejar esta guarda
y volver a nuestro ser.
OSUNA: Procuremos ir a ver
aquesta dama gallarda,
que parece forastera.

Salen ALBANO, FULGENCIA y LISARDO

ALBANO: Lisardo, Rosela es loca,
pues por fuerza me provoca
a que le requiebre y quiera.
LISARDO: ¡Ah, señor! Tu condición,
que a cuantas ve quiere bien,
te obliga a tanto desdén
con quien te tiene afición.
Luego que a Clarinda viste

de amores la requebraste
y, cuando a Fulgencia hablaste,
eso mismo le dijiste.

(Yo se lo diré a Rosela.)

FULGENCIA: Esta dama esté segura,
que ni él a mí me procura
ni hay en este amor cautela.

Yo busco al esposo mío,
y Albano sólo me ampara.

OSUNA: (¿Qué miras tanto a su cara?)

FELICIANO: (¿Duermo, sueño, desvarío?)

Ahora sí que estoy loco.

¡Traidora hermana! ¿Qué es esto?

[.....-esto?]

¿Cómo así tuviste en poco
de tus padres el honor?

GUARDA: Hermana, quítate allá.

ALBANO: Quita de este loco allá.

GUARDA: Teme su furia, señor.

ALBANO: ¿De qué sirve ese castigo?

FELICIANO: Aquí tengo de matarte.

FULGENCIA: Esto, hermano, escucha aparte,
que tengo que hablar contigo.

FELICIANO: No hay que hablar --¡viven los cielos! —
que has de morir en mis manos.

ALBANO: Estos locos castellanos
todos son envidia y celos.

¿Por qué, guarda, los traéis
sin esposas?

GUARDA: No tenían
furia al tiempo que salían.

ALBANO: Pues, por Dios, que me obligáis
a que desnude la espada.

¡Fuera, villanos, de aquí!

FELICIANO: Agradéceme tú a mí
que en aquesta mano honrada
no tengo otro tanto acero.

OSUNA: Osuna, ven a buscar
con que me pueda vengar.
Si eres noble y caballero,
espera, con el que viene
a tu lado, un poco aquí.

GUARDA: ¿Que esto[s?] me diesen a mí?

FULGENCIA: ¡Ay, cielos, qué razón tiene!

GUARDA: No he de pedir más con ellos
si no me los dan atados.

Vanse FELICIANO, OSUNA y la GUARDA

LISARDO: ¡Qué locos desatinados!

ALBANO: Sosiega los ojos bellos,
que ya se han ido de aquí.

FULGENCIA: ¡Ay! No es vano mi temor.

ALBANO: ¿Cómo?

FULGENCIA: Es mi hermano, señor.

ALBANO: ¿Vuestro hermano?

FULGENCIA: Señor, sí.

ALBANO: Pues ¿cómo está de esta suerte?

LISARDO: Fue de Clarinda galán.

FULGENCIA: Mis esperanzas están,
si él está loco, a la muerte.
Tras esto, que ha de matarme
es sin duda.

ALBANO: No hayas miedo,
porque remediarlo puedo
no más de con informarme
del estado de su mal,
hasta hacer paces con vos.
Y paréceme, ¡por Dios!
que una mujer principal
estará bien retirada
hasta que aquí se procure
que su remedio asegure
la diligencia y la espada.

Tengo seis leguas de aquí
una hacienda en que estaréis.

FULGENCIA: Gran merced, señor, me hacéis,
que tiemblo de verme así.

ALBANO: Pues vamos donde, después
que estéis con seguridad,
vuelva solo a la ciudad.

FULGENCIA: Mil veces beso esos pies.

ALBANO: Lisardo conoció en esto,
pues no es caso sospechoso.

FULGENCIA: En trance muy riguroso,
Fenicio injusto, me has puesto.

Vanse FULGENCIA y ALBANO

LISARDO: ¿Tan cerca de los balcones
de Rosela, mi señora,
pasas con Fulgencia ahora?
Todo, Albano, eres traiciones,
todo palabras fingidas,
todo gallardos paseos,
todo novedad de empleos,
todo esperanzas perdidas,
todo enojos y desdenes
contra quien adora en ti.

Sale ROSELA

ROSELA: ¿Con quién das voces aquí?
LISARDO: Con la desdicha que tengo.
Con este Albano, que en vano
te han hecho querer los cielos.

ROSELA: ¿Tenemos algo de celos?
¿Mira otra mujer Albano?
¿Qué hay de nuevo contra mí?

LISARDO: Ha llegado a Zaragoza
ahora una hermosa moza...

ROSELA: Perdonadle si es así.
LISARDO: ...y porque es de Feliciano
hermana, y en busca viene
de cierto galán que tiene,
la lleva a su hacienda Albano;
pero es todo con cautela,
que quiere gozarla allí.
ROSELA: ¡Triste de mí!
LISARDO: Por aquí
pasó a su casa, Rosela,
donde, en caballos o coche,
saldrán al punto.
ROSELA: ¿Qué haré?
¿Cómo, Lisardo, podré
seguir mi sol esta noche?
Antípoda quiere hacella
de mi mundo por matarme,
pues sólo para olvidarme
hace sus Indias en ella.
Celos es todo furor.
LISARDO: Quedo, que tu hermano viene.
ROSELA: ¿No sabes tú que no tiene
freno el mar, rienda el amor?

Salen LEONARDO y CLARINDA

LEONARDO: Digo que vi a tu padre, y que venía
con él Fenicio, tu primer esposo,
y que propuesto su querella había.
CLARINDA: Huir de su rigor será forzoso.
Primero que tener su compañía
y a mi primero amor dejar quejoso,
me falte el cielo y me consuman luego
mis lágrimas con agua, amor con fuego.
LEONARDO: Pues ¿qué piensas hacer?
CLARINDA: Huir.

LEONARDO:

¿Adónde?

CLARINDA:

Adonde mi fortuna me llevare.

LEONARDO:

Tu valor a mi lealtad responde;
no hay en el mundo quien mejor te ampare.
Esta montaña de Moncayo esconde,
sin que poder humano le repare,
del gran Lupercio de Latrás la gente,
por que él está de esta corona ausente.

Hale llamado el rey sobre seguro,
y que está en Portugal tiene por cierto,
por cuya ausencia manda, pues es muerto,
Marín de Félix, en la guerra experto.
Si te aventuras, como yo procuro,
tendrán en él tus esperanzas puerto,
que te prometo por mi propia mano
sacar de la prisión a Feliciano.

Pues si te llevo donde estés segura
y luego vuelvo por tu amado esposo,
sin que Justicia en otra suerte dura
pueda impedirte tu fortuna honrosa,
¿qué tienes que temer de tu ventura?

CLARINDA:

Fiada en creeros, hombre generoso,
iré contigo al más remoto suelo
que mira el sol en cuanto encubre el cielo.

Conozco las mercedes que me has hecho,
y, fiando mi honor de tu nobleza,
a la mayor empresa pondré el pecho
que haya cabido en femenil flaqueza. —
Rosela, mi amor, no satisfecho
de probar nuevamente mi firmeza,
me lleva a las montañas con tu hermano,
huyendo de mi padre y de un tirano.

Queda con Dios, y logre el cielo santo
tus años, tu valor y tu hermosura.

ROSELA:

Y a ti, Clarinda, te conceda cuanto
pides; tu deseo y tu ventura.

LEONARDO:

Antes que envuelva de la noche el manto

la claridad del sol en sombra oscura,
de la ciudad salgamos.

CLARINDA: ¿En qué iremos?

LEONARDO: En caballo podrás.

CLARINDA: Marcha.

LEONARDO: Marchemos.

Vanse LEONARDO y CLARINDA

ROSELA: Parece que traza Amor,
Lisardo, mi libertad,
pues que con tanto furor
se aparta de la ciudad
el que es guarda de mi honor.

Sola quedo y tengo miedo
de mí, que si sola quedo,
seguiré mi loco amante.

LISARDO: Otro mesón de Atalante
es este amoroso enredo.

¿Cómo seguirle podrás?

FELICIANO (dent.): ¿Dan por Dios?

ROSELA: ¿Quién está allí?

OSUNA (dentro): ¿Dan por Dios?

GUARDA (dent.): ¿Qué golpes da[s]?

LISARDO: Los locos están aquí.

ROSELA: Entren, pues yo lo soy más.

Salen FELICIANO y OSUNA [y el GUARDA]

FELICIANO: Esté en buen hora, señora.

OSUNA: ¿Hay para los locos algo?

GUARDA: ¿No estaréis con seso ahora?

OSUNA: De donde le venden salgo.

Mas ¿no es aquí donde mora
la encandiladora?

FELICIANO: ¿Queréis dos palabras?

ROSELA: ¿Yo?

FELICIANO: Vos, pues.
ROSELA: Habla, y ten la mano.
FELICIANO: No soy loco.
ROSELA: ¿Cómo no?
FELICIANO: Sabed que soy Feliciano,
aquel que infeliz nació.
Esta guarda echad de aquí,
que vengo a lo que os diré.
ROSELA: ¡Guarda!
GUARDA: ¿Señora?
ROSELA: Oye.
GUARDA: Di.
ROSELA: Al hospital envié,
porque ayer sus pobres vi,
cierta ropa; ve al rector
y pregunta si la dieron.
GUARDA: ¿Y estos locos?
ROSELA: Su furor
templaron cuando me vieron;
ir sin ellos es mejor.
Yo me entenderé con ellos
hasta que vuelvas por ellos.
GUARDA: Voy a sabello.
ROSELA: Camina.

Vase el GUARDA

FELICIANO: Danos, Rosela divina,
capas, espadas y cuellos.
Has de saber que me lleva
un caballero una hermana.
Haz de tu nobleza prueba;
no es la piedad soberana
en nobles mujeres nueva.
Duélete de mí siquiera
por Clarinda, aunque jamás

JUSTICIA: Entrad.
OSUNA: (¡Hoy somos perdidos!)
FELICIANO: (¿Cómo?)
OSUNA: (¡El Justicia, ay de mí!)
ROSELA: (No hayas miedo, porque creo
que nadie os conozca así.)
JUSTICIA: Aunque serviros deseo,
tráeme por fuerza aquí.
¿Dónde está Clarinda?
ROSELA: Fuese
con mi hermano a una heredad.
JUSTICIA: Buscad la casa.

Vase CRIADO 1

ROSELA: Yo sé
que aprendí a decir verdad
de la sangre que heredé.
JUSTICIA: ¿Quién son esos gentilhombres?
ROSELA: Dos hidalgos catalanes
deudos míos.
JUSTICIA: ¿Y sus nombres?
FELICIANO: Yo me llamo Martín Juanes.
(Habla, Osuna, y no te asombres.)
OSUNA: Y yo, señor, Juan Martín.
JUSTICIA: ¿De dónde?
OSUNA: De Monserrate.
Nieto de fray Juan Guarín.

Sale CRIADO 1

CRIADO 1: No parece.
JUSTICIA: Ni se trate
de buscalla. Fuése, en fin.
CRIADO 1: Que bala dio a la campaña,
y trujo por grande hazaña
esta carta del correo.

JUSTICIA: Y aun es la firma que veo
del mejor hombre de España.

En los ojos, en la frente
la pongo.

FELICIANO: ¿Qué puede ser?

OSUNA: Temblando estoy.

FELICIANO: Claramente
me debe de conocer,
y no dice lo que siente.

Lee el JUSTICIA

“Habiendo muerto Lupercio de Latrás en mi servicio en Portugal, y habiendo sabido de Marino Félix que sus soldados, reducidos de él, quieren servirme en Italia y en Flandes, haréis un bando con mi palabra real de que los perdono, y de que conforme a sus calidades los señalaré ventajas, y asimismo daréis orden que marchen a Vinaroz, donde se puedan embarcar en las galeras de don Pedro de Toledo.”

OSUNA: ¡No más, oh piadoso intento!
¿Para qué tanto mal día?
¿Echaste el bando?

FELICIANO: Está atento.

OSUNA: ¡Oh, si con esto se fuese!

JUSTICIA: Señora, este atrevimiento
perdonad, si sois temida.

ROSELA: El cielo os guarde, señor,
y os conceda larga vida.

JUSTICIA: En persona iré mejor;
luego ha de ser mi partida.

Vase el JUSTICIA con los criados

OSUNA: ¿Fuese?

mejor se puede temer
que de los ojos Laxales
 porque mataría más bien
la libertad más segura
el fuego de la hermosura
y el plomo de tu desdén.

 Con flecha y arco mil palmas
Amor, pero ya se vale
de escopetas, con que sale
a ser ladrón de las almas.

CLARINDA: Hácesme merced, Leonardo,
en encarecer mi brío.
¡Ojalá que el dueño mío
que en esta montaña aguardo,
 viniese donde pudiera
saltar su libertad!

LEONARDO: ¡Ay de aquella voluntad
que a tu padre resistiera!

*Salen MARÍN FÉLIX, capitán de los bandoleros, con otros cuatro, todos
bizarros, BERNAL, ATIÁN, TURÍN*

MARÍN FÉLIX: Mientras que no viniese carta expresa]
del mismo rey, ninguno de vosotros
se atreva [a] entrar en Zaragoza, amigos.

LEONARDO: Éste es Marín Félix.

BERNAL: Gente pasa.

MARÍN FÉLIX: Prevenid las pistolas; mas, teneos,
que me parece nuestra gente misma.
¿Quién va?

LEONARDO: De paz, amigos.

MARÍN FÉLIX: ¿Es Leonardo?

LEONARDO: Yo soy, valiente aragonés.

MARÍN FÉLIX: ¿Qué es esto?

LEONARDO: Venirte a ver, lo primero, y luego
asegurar a este galán hidalgo
que busca en Zaragoza su justicia.

Pon en tu lista aquestos dos soldados.
MARÍN FÉLIX: Cualquiera de ellos puede serlo mío.
CLARINDA: Yo tengo [a] gran ventura el serlo vuestro,
a cuyo lado, capitán famoso,
no hay humano poder que temer pueda.
MARÍN FÉLIX: A lo que yo he mirado de esos bríos,
más dejáis que temer a quien os mira.
¿Qué es esto?
LEONARDO: (Escucha aparte.)

Se apartan MARÍN FÉLIX y LEONARDO

CLARINDA: (¿Dónde
llevas mis locos pensamientos,
perdidos por tan ásperos caminos?
¿Qué fianza me das entre soldados
sin Dios y ajena de virtud alguna
para defensa del honor que guardo
a quien por mí padece tantas penas?)
MARÍN FÉLIX: Ya he entendido el caso, y en mayores cosas
os debo yo servir, señor Leonardo.
Nuestra enramada es ésta. Yo os prometo
que para alojamiento de campaña
no hay más que desear, porque el regalo
de limpias camas y de iguales mesas
no falta, el jabalí, conejos, liebres,
venados, aves, frutas y pan fresco,
con vino que sus dueños nos presentan
donde toméis algún refresco.
LEONARDO: Vamos,
Clarinda bella, porque demos orden
en descansar un poco.
CLARINDA: Los caballos
me dan cuidado.
FELICIANO: Dejados paseando.

Dentro ALBANO y FULGENCIA

ALBANO: Si hoy no te gozo, en vano te pretendo.

FULGENCIA: ¿Tan infame hazaña intenta
un caballero tan noble?

MARÍN FÉLIX: Voces hay junto [a] aquel roble.

FULGENCIA: ¡El cielo vengue mi afrenta!

MARÍN FÉLIX: Id dos de vosotros, presto.

TURÍN: Por aquí fueron las voces
[.....-oces?]
si en tal ocasión le han puesto;
porque después han tratado
de reducir al servicio
del rey, dan prisa al oficio
en desierto y en poblado.

Vanse BERNAL y TURÍN

MARÍN FÉLIX: Pues bien se la pueden dar,
porque pienso que tenemos
nuevas de que a Italia iremos.

BERNAL (dentro): ¿Qué viento le ha de alcanzar?
Déjale huir, pues la presa
deja.

FULGENCIA (dent.): De mal en mal,
hay un peligro mortal.

Salen FULGENCIA, BERNAL y TURÍN

BERNAL: En esa arboleda espesa
que al sol con ramas se opone
hallamos aquesta dama
y un caballero que huyó
luego que estas armas vio.

MARÍN FÉLIX: ¡Tal miedo engendra la fama!
Ella es bella.

FULGENCIA: Si lo fuera
como he sido desdichada,

Llévala un soldado

MARÍN FÉLIX: Pasó el tiempo de grecias y romanas;
que ya no hay coroneles castellanos
con laurel en las armas y en la frente.
Tú rendirás las amenazas vanas. —
Al capitán dejad, robusta gente,
que si escapas de mí, más mal te queda.

BERNAL: Es imposible que escaparse pueda.

Salen ROSELA, de camino, FELICIANO y OSUNA

FELICIANO: Sin duda que temió nuestra venida,
pues no ha llegado a la guarida Albano.

ROSELA: Allá le vio Lisardo de partida.

MARÍN FÉLIX: ¿Qué gente?

OSUNA: (¡Esto es muy bueno, Feliciano!)

MARÍN FÉLIX: Rendid las armas o rendid la vida.

FELICIANO: Sed, capitán, con esta dama humano.

BERNAL: Dad las espadas.

OSUNA: Detened el fuego.

MARÍN FÉLIX: A tres robles atad a los tres luego.

Atan a ROSELA, FELICIANO y OSUNA

¿Sois castellanos?

FELICIANO: Somos castellanos.

OSUNA: Yo no soy castellano, caballero.

MARÍN FÉLIX: Decid quién sois mientras les dais las manos.

OSUNA: Yo soy un excelente majadero;
que, sin ser yo y este hidalgo hermanos,
ni aun amigo[s], que así decirlo quiero,
porque le vi no fue media hora apenas,
soy mulo de la noria de sus penas.

BERNAL: Ya están atados.

MARÍN FÉLIX: A comer nos vamos.

OSUNA: Oye, galán.

BERNAL: ¿Qué quiere?
OSUNA: Aquesta hermosa
y yo en ayunas desde anoche estamos.
Tráiganos, si sobrare, alguna cosa.
BERNAL: Perdigones habrá, cuando volvamos,
asados a la lumbre polvorosa
en aqueste cañón de chimenea.
OSUNA: Pues sin cenar me acuesto.
BERNAL: No lo crea.

Vanse MARÍN FÉLIX, BERNAL, TURÍN y los demás bandoleros

FELICIANO: ¿Qué te parece de esta desventura,
atada en medio de los dos, Rosela?
ROSELA: Que ya de mayor mal estoy segura,
y que vuestra desdicha me consuela.
FELICIANO: Amigo Osuna, [el] cielo se conjura.
OSUNA: ¿Hay bestia ni de albarda ni de espuela
que se iguale conmigo y yo con ella?
¿Por qué te sigo yo?
FELICIANO: Porque es tu estrella.
OSUNA: ¡Oh, pesar de la estrella! Si en mi vida
comiese güevos estrellados!
FELICIANO: Creo
que no será este bárbaro homicida.
OSUNA: ¿Oísteis contar de un hombre --y yo lo veo--
que, en viniendo algunas mulas de partida,
aunque fuesen al monte Pirineo,
si estaban de torno las tomaba
y hasta donde ellas iban caminaba?
Costábale después trabajo inmenso
y dinero el volver; a decir torno
que así fue contigo, y así pienso
que te quise por mula de retorno.
La vuelta Dios la sabe.
FELICIANO: Por extenso

Pues cuando vengo a esperarte,
dice esa dama que fui
tan desdichada en amarte.

Esto debían de ser
tus locuras e invenciones;
querías a otra mujer,
dejándome en ocasiones
que me pudiera perder.

Loco, infame, te fingías
en el hospital los días;
mas las noches, con cuidado,
cuerdo y galán disfrazado,
para gozarla, salías.

¡Mal haya la que por ti,
y por no te hacer ofensa,
se ha visto como me vi!
Pero ya, villano, piensa
que no he de ser la que fui.

¡Vive el cielo, que a tus ojos
Leonardo me ha de gozar!
Pero no te dará enojos
mientras te dejen mirar
esos divinos despojos.

Que cuando me hayas amado
y no estés del todo ajeno
de algún deseo y cuidado,
¿qué se te da del veneno
con la contrahierba al lado?

FELICIANO:

Las veces, fiera mujer,
que me has visto y me has hablado
--mi estrella debe de ser--,
han sido estando yo atado
y sin poderte ofender.

En una reja me viste
loco por ti, y aquí ahora
atado por ti, que fuiste
a las palabras traidora,

que con lágrimas me diste.

Dos veces muerto te hubiera
si el cielo lugar me diera;
entrabas me le ha quitado;
mas si me afrentas atado,
que es poco honor considera.

Desde que empezaste a ser
libre en querer a Leonardo,
yo comencé a padecer
hasta la muerte, que aguardo
de manos de una mujer.

Dices que ha sido invención
para querer a Rosela
mi locura y mi prisión.
Por disfrazar la cautela
de tu loca perdición,

lo que invención se apellida
es mudar traje y hacer
alguna cosa fingida.
Tú no me hallas de mujer,
yo te hallo de hombre vestida.

Está sí que es invención,
que no un preso que, ignorando
tu loca transformación,
va con Rosela buscando
su deshonra y tu traición.

Tras mi hermana vine aquí,
que trae engañada Albano;
pero, pues te hallo así,
el pedernal de la mano
puedes volver contra mí.

Da fuego, pues fuego das;
apunta al pecho fiel,
donde, a mi pesar, estás;
que yo sé que, dando en él,
tú misma te matarás.

ROSELA:

Clarinda, ¿de mí has creído

que todos toméis las armas
y que os pongáis en defensa.
Levanta[d] la munición;
tomad pistolas francesas
vosotras, que en el peligro
también las damas pelean;
aquí os retirad conmigo,
porque desde aquestas peñas
podréis resistir sus fuerzas
sin que recibáis ofensa.
Todos sois ya mis soldados.
¡Ea, castellanos, ea!
Pues que libertad os di,
pagadme así por ella.
Aquí tienes, Feliciano,
tu Clarinda, tu Fulgencia. —
Aquí, Leonardo, tu hermana.
Mi gente y yo a la refriega;
bajarán ducientos hombres
mientras hacéis resistencia,
que a venir España ahora
vencieran a Augusto César.

Pónense todos a una parte con armas

FELICIANO: No tengas pena, señor,
que en sus prisiones te veas,
que yo perderé la vida.

OSUNA: ¿Hay más desdicha que aquésta?
Señores, ¿quién me ha traído,
en cuatro palmos de tierra,
a ser loco, a ser cautivo
y a ser ladrón, a ser bestia?
¿En mi iglesia no me estaba
donde, por mi lavandera,
oía todas las tardes
mis vísperas y completas?

¿Quién me trujo a tanto mal
por una amistad ligera?
Pero ¿qué mal no merece
quien se sale de la iglesia?
Venía a vos, iglesia santa,
que si otra vez entro en ella,
que del claustro a la tribuna
no me saquen con seis piezas.

*Salen el JUSTICIA, FENICIO, vestido de monte, ALBANO, TORCATO y
gente, y tocan una caja*

ALBANO: En resistencia se han puesto;
mira, señor, cómo llegas.

JUSTICIA: Echa el bando, que no importa.

Suena la caja y echa el bando el SOLDADO 1

SOLDADO 1: Pues digo con tu licencia:
“Su Majestad, que Dios guarde,
con su valor y clemencia,
a toda la compañía,
esparcida en estas tierras,
de Lupercio de Latrás,
que en Portugal muerto queda,
hace perdón general
como todos lo prometan
servirle en Flandes o Italia;
y dará ventajas nuevas,
conforme a las calidades
de las personas propuestas,
con su palabra real
y lo confirma y lo sella
de su sello y de su nombre,
para que a embarcarse vengán
a Vinaroz, donde aguardan
de Nápoles las galeras.”

Tornan a tocar [la caja]

- MARÍN FÉLIX: Bajad las armas, soldados,
y rendid las escopetas
al Justicia, como yo.
- BERNAL: Llegaremos, pues tú llegas.
- JUSTICIA: ¿Quién sois vos?
- MARÍN FÉLIX: Marín Félix,
que de aquesta soldadesca
fui seis meses capitán,
del gran Lupercio en ausencia.
- JUSTICIA: Yo os recibo.
- MARÍN FÉLIX: Estos soldados
quiero que por tuyos tengas.
- JUSTICIA: A todos les doy los brazos.
- OSUNA: Por cuenta van, como ovejas.
- JUSTICIA: ¿Quién eres tú, castellano?
- TORCATO: Señor, [a] aquéste se prenda,
que es el que robó a mi hija.
- FELICIANO: Tu hija está en tu presencia,
y yo no puedo ser preso
porque soy de la bandera
de Lupercio de Latrás.
- OSUNA: Pues ésa es cosa muy cierta,
y que ha más de un cuarto de hora
que estamos los dos en ella.
El rey cumpla su palabra,
pues para cumplirla reina.
- JUSTICIA: El hombre tiene razón;
el rey sale a la defensa.[Aquí faltarán versos que aclaren la
- FULGENCIA: Eso no, que Fenicio es mi marido.nueva situación de Fulg.]
- JUSTICIA: Con un coche y mis criados
quiero que a Castilla vuelvas.
- OSUNA: Y yo ¿dónde he de volver?
Será lo de adentro afuera,
pues sin qué ni para qué

he pasado tantas penas.
FELICIANO: ¿Con qué quedarás contento?
OSUNA: Con que agrade la comedia,
a lo menos el deseo,
que es éste *El loco por fuerza*.

FIN]